



CONSEJO  EDITORIAL

Versos

Poemas amorosos, patrióticos, humorísticos,
descriptivos, ideológicos y de circunstancia

Manuel Acuña

Versos

Poemas amorosos, patrióticos, humorísticos,
descriptivos, ideológicos y de circunstancia

MANUEL ACUÑA

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura
- © Consejo Editorial del Gobierno del Estado

Versos

Poemas amorosos, patrióticos, humorísticos, descriptivos, ideológicos y de circunstancia

Manuel Acuña



Cuauhtémoc sur 349
Saltillo, Coahuila

Esta obra es publicada sin fines de lucro
y su distribución será gratuita.

Enero de 2019

Impreso en Saltillo, Coah., México

Presentación

FOMENTAR LA LECTURA es una responsabilidad social, por ello dentro de las acciones que el Gobierno del Estado lleva a cabo está la del fomento continuo a la lectura, en la que ha participado muy activamente el Consejo Editorial del Estado con la publicación de la Colección Clásicos de Bolsillo, que ya tiene dos emisiones con 10 títulos de autores de fama universal.

La tercera emisión de esta Colección está dedicada a cinco autores coahuilenses, con señalados méritos en la literatura de nuestra región y figuras importantes dentro de la cultura en el estado, por lo que el nombre sufre una variación: Colección Clásicos Coahuilenses de Bolsillo, que incluirá textos poéticos y narrativos de Manuel Acuña, José García Rodríguez, Rafael del Río, Felipe Sánchez de la Fuente y Julio Torri.

Así, el gobierno de Coahuila brinda a las nuevas generaciones la oportunidad de deleitarse con las

creaciones literarias de estos coahuilenses de letras de los siglos XIX y XX, creaciones que son el espejo del tiempo en que vivieron. Leerlas nos permitirá ponernos en contacto con lugares, personas, costumbres y experiencias de aquellas épocas.

Miguel Ángel Riquelme Solís
Gobernador Constitucional
del Estado de Coahuila de Zaragoza

La brisa (Imitación)

A mi querido amigo Juan C. Fernández

Aliento de la mañana
que vas robando en tu vuelo
la esencia pura y temprana
que la violeta lozana
despide en vapor al cielo:

Dime, soplo de la aurora,
brisa inconstante y ligera,
¿vas por ventura a esta hora
al valle que te enamora
y que gimiendo te espera?

¿O vas acaso a los nidos
de los jilgueros cantores
que en la espesura escondidos,
te aguardan medio adormidos
sobre sus lechos de flores?

¿O vas anunciando acaso,
soplo del alba naciente,
al murmurar de tu paso,
que el muerto sol del Ocaso
se alza ya niño en Oriente?

Recoge tus leves alas
brisa pura del Estío,
que los perfumes que exhalas
vas robando entre las galas
de las violetas del río.

Detén tu fugaz carrera
sobre las risueñas flores
de la loma y la pradera,
y ve a despertar ligera
al ángel de mis amores.

Y dila, brisa aromada
con tu murmullo sonoro,
que ella es mi ilusión dorada,
y que en mi pecho grabada
como a mi vida la adoro.

1868

La ausencia y el olvido

Dolora

A Lola

Iba llorando la Ausencia,
con el semblante abatido,
cuando se encontró en presencia
del Olvido,
que al ver su faz marchitada,
sin colores,
la dijo con voz turbada:
—“Ya no llores, niña bella,
ya no llores,
que si tu contraria estrella
te oprime incansable y ruda,
yo te prometo mi ayuda
contra tu mal y contra ella”.
Oyó la Ausencia llorando
la propuesta cariñosa,
y los ojos enjugando
ruborosa.
—“Admito desde el momento,
buen anciano”,
le dijo con dulce acento,

“admito lo que me ofreces
y que en vano
he buscado tantas veces,
yo que, triste y sin ventura,
la copa de la amargura
he apurado hasta las heces”.

Desde entonces, Lola bella,
cariñoso y anhelante
vive el Olvido con ella,
siempre amante;
y la Ausencia ya ni gime,
ni doliente
recuerda el mal que la oprime;
que un amor ha concebido
tan ardiente
por el anciano querido,
que si sus penas resiste,
suspira y llora muy triste
cuando la deja el Olvido.

1868

Mentiras de la existencia

Dolora

¡Qué triste es vivir soñando
con un mundo que no existe!
Y qué triste
ir viviendo y caminando.
Sin ver en nuestros delirios,
de la razón con los ojos,
que si hay en la vida lirios,
son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento
se lanza tras la esperanza,
que no alcanza
porque no se alcanza el viento;
y corre, corre, y no mira
al ir en pos de la gloria,
que es la gloria una mentira
tan bella como ilusoria.

No ve al correr como loco,
tras la dicha y los amores,
que son flores
que duran poco ¡muy poco!
¡No ve cuando se entusiasma
con la fortuna que anhela,
que es la fortuna un fantasma
que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño
del que, si al fin despertamos,
encontramos
el mayor placer pequeño;
pues son tan fuertes los males
de la existencia en la senda,
que corren allí a raudales
las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren
como puras azucenas,
mas las penas
viven siempre y siempre hieren;
y cuando vuela la calma
con las ilusiones bellas,
su lugar dentro del alma
queda ocupado por ellas.

Porque al volar los amores
dejan una herida abierta
que es la puerta
por donde entran los dolores;
sucedendo en la jornada
de nuestra azarosa vida,
que es para el pesar “entrada”
lo que para el bien “salida”.

Y todos sufren y lloran
sin que una queja profieran,
¡porque esperan
hallar la ilusión que adoran...!
Y no mira el hombre triste
cuando tras la dicha corre,
que sólo el dolor existe
sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fatuo fuego
la pasión en que se abrasa,
luz que pasa
como relámpago, luego;
y no ve que los deseos
de su mente acalorada
no son sino devaneos,
no son más que sombra, nada.

Que el amor es tan ligero
cual la amistad que mancilla
porque brilla
sólo a la luz del dinero;
y no ve cuando se lanza
loco tras de su creencia,
que son *la fe y la esperanza*
mentiras de la existencia.

Agosto de 1868

Un sueño

A Ch...

¿Quieres oír un sueño?...
Pues anoche
vi a la brisa fugaz de la espesura
que al rozar con el broche
de un lirio que se alzaba en la pradera
grabó sobre él un “beso”,
perdiéndose después rauda y ligera
de la enramada entre el follaje espeso.
Este es mi sueño todo,
y si entenderlo quieres, niña bella,
une tus labios con los labios míos
y sabrás quién es “él”, y quién es “ella”.

Ca. 1868

¡Ya sé por qué es!

Dolora

A Elmira

Era muy niña María,
todavía,
cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonríen
las flores tan dulcemente,
cuando las besa el ambiente
sobre su aromada tez?
—Ya lo sabrás más adelante,
niña amante,
la contesté yo... ¡después!
Y más tarde, una mañana,
la niña pura y hermosa,
al entreabrirse una rosa,
me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y la graciosa criatura,
blanca y pura
se ruborizó... y después,
ligera como las aves
que cruzan por la campiña
corrió hacia el bosque la niña

diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Y yo la seguí jadeante,
palpitante
de ternura y de interés,
y... oí un beso dulce y blando,
y una voz después del beso,
que fue a perderse en lo espeso,
diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *joven* María,
todavía,
cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué la azucena
se abate y llora marchita
cuando el aura no la agita
ni besa su blanca tez?
—Ya lo sabrás más delante,
niña amante,
le contesté yo... ¡después!
Y más tarde ¡ay! una noche,
la joven de angustia llena,
al ver triste a una azucena,
me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y ahogando un suspiro ardiente,
la inocente
me vio llorando... y después,
corrió al bosque, y en el bosque

esperó mucho la bella,
y al fin... se oyó una querella
diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Era muy *linda* María,
todavía,
cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué se sonríe
el niño en la sepultura,
con una risa tan pura,
con tan dulce sencillez?
Ya lo sabrás más delante,
niña amante,
la contesté yo... ¡después!
Y... murió la pobre niña,
en vez de llorar, sonriendo,
y voló al azul, diciendo,
diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Ya lo ves, mi hermosa Elmira,
quien delira
sufre mucho, ¡ya lo ves!
Y así, ilusiones, mi encanto,
ni acaricies ni mantengas,
para que, al llorar, no tengas
que decir: *¡Ya sé por qué es!*

Ya verás

Dolora
(Imitación)

Goza, goza, niña pura,
mientras en la infancia estás;
goza, goza esa ventura
que dura lo que una rosa.
–Qué, ¿tan poco es lo que dura?
–Ya verás, niña graciosa,
ya verás.

Hoy es un vergel risueño
la senda por donde vas;
pero mañana, mi dueño,
verás abrojos en ella.
–Pues qué, ¿sus flores son sueño?
Sueño nada más, mi bella,
ya verás.

Hoy el carmín y la grana
coloran tu linda faz;
pero ya verás mañana
que el llanto sobre ella corra...
–Qué, ¿los borra cuando mana?
–Ya verás cómo los borra,
ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,
mientras disfrutas de paz;
delira, niña, delira
con un amor que no existe,
–Pues qué, ¿el amor es mentira?
–Y una mentira muy triste,
ya verás.

Hoy ves la dicha delante
y ves la dicha detrás;
pero esa estrella brillante
vive y dura lo que el viento.
–Qué, ¿nada más un instante?
–Sí, nada más un momento,
ya verás.

Y así, no llores, mi encanto,
que más tarde llorarás;
mira que el pesar es tanto,
que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña tampoco,
ya verás.

1869

La ramera

A mi querido amigo Manuel Roa

Humanidad pigmea,
tú que proclamas la verdad y el Cristo,
mintiendo caridad en cada idea;
tú que, de orgullo el corazón beodo,
por mirar a la altura
te olvidas de que marchas sobre lodo;
tú que diciendo *hermano*,
escupes al gitano y al mendigo
porque son un mendigo y un gitano:
allí está esa mujer que gime y sufre
con el dolor inmenso con que gimen
los que cruzan sin fe por la existencia;
¡escúpela también...! ¡anda...! ¡no importa
que tú hayas sido quien la hundió en el crimen
que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola
sobre el oscuro y negro precipicio,

en lugar de una mano que la salve
siente una mano que le impele al vicio;
y que al fijar en su redor los ojos
y a través de las sombras que la ocultan
no encuentra más que seres que la miran
y que burlando su dolor la insultan...!

Y antes era una flor... una azucena
rica de galas y de esencias rica,
llena de aromas y de encantos llena;
era una flor hermosa,
que envidiaban las aves y las flores,
y tan bella y tan pura,
como es pura la nieve del armiño,
como es pura la flor de los amores,
y como es puro el corazón del niño.

Las brisas la brindaban con sus besos,
y con sus tibias perlas el rocío.
Y el bosque con sus álamos espesos,
y con su arena y su corriente el río;
y amada por las sombras en la noche,
y amada por la luz en la mañana,
vegetaba magnífica y lozana
tendiendo al aire su purpúreo broche;
pero una vez el soplo del invierno

en su furia maldita,
pasó sobre ella y la arrancó sus hojas,
pasó sobre ella y la dejó marchita;
y al contemplar sin galas
su cáliz antes de perfumes lleno,
la arrebató implacable entre sus alas
y fue a hundirla *cadáver* en el cieno.

¡Filósofo mentido...!
¡Apóstol miserable de una idea
que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza,
y burlas su sollozo y su gemido...
¿Qué hiciste de aquel ángel
que amoroso y sonriente
formó de tu niñez el dulce encanto?
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
que lloraba contigo si llorabas
y gozaba contigo si reías...?
¡Te acuerdas...! Lo arrancaste de la nube
donde flotaba vaporoso y bello,
y arrojándole al hambre,
sin ver su angustia ni su amor siquiera,
le convertiste de camelia en lodo:
¡Le transformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas
junto a las frescas rosas,
y que sus galas sin piedad les quitas!
¡Maldito tú que sin piedad las hieres,
y luego las insultas por marchitas!
¡Pobre mujer...! ¡Juguete miserable
de su verdugo mismo...!
Víctima condenada
a vegetar sumida en un abismo
más negro que el abismo de la nada
y a no escuchar más eco en sus dolores,
que el eco de la horrible carcajada
con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, a la que el hombre niega
el sublime derecho
de llamar hijo a su *hijo*!
¡Pobre mujer que de rubor se cubre
cuando le escucha que la grita *madre*!
Y que quiere besarle, y se detiene,
y que quiere besarle, y calla y gime,
porque sabe que un beso de sus besos
¡se convierte en borrón donde lo imprime!

Deja ya de llorar, pobre criatura,
que si del mundo en la escabrosa senda
caminas entre fango y amargura,
sin encontrar un ser que te comprenda,
en el cielo los ángeles te miran,
te compadecen, te aman,
y lloran con el llanto lastimero
que tus ojos bellísimos derraman.

¡Y que te burle el hombre, y que se ría!
¡Y que te llame harapo y te desprecie!
Déjale tú reír, y que te insulte,
que ya llegará el día
en que la gota cristalina y pura
se desprenda del lodo
para elevarse nube hasta la altura.

Y entonces en lugar de un anatema,
en lugar de un desprecio,
escucharás al Cristo del Calvario,
que añadiendo tu pena
a tus lágrimas tristes en abono,
te dirá como ha tiempo a Magdalena;
Levántate, mujer, yo te perdono.

1869

El hombre...

Al señor don Ignacio M. Altamirano.

Homenaje

...Où va l'homme sur terre?

V. HUGO

Allá va... como un átomo perdido
que se alza, que se mece,
que luce y que después desvanecido
se pierde entre lo negro y desaparece.
Allá va... en su mirada
quién sabe qué fulgura de profundo,
de grande y de terrible...
allá va, sin destino y vagabundo,
tocando con su frente lo invisible,
con sus plantas el mundo...
¿De dónde vino...?
Preguntadlo al caos
que dio forma a los seres
de su potente voz al “levantaos”;
decídselo a la nada,

que ella, tal vez, sabrá cuál fue la cuna
de ese arcángel vestido con harapos
a que llamamos hombre;
que ella, tal vez, sabrá de dónde vino
ese titán pigmeo
tan grande y tan mezquino,
¿del lodo? Puede ser; pero su frente
está demasiado alta para el lodo;
¿del cielo? Puede ser; pero la tumba,
donde concluye todo,
no dista de sus plantas más que un paso,
y si fuera del cielo, debería
ya que tiene un ocaso,
tener también su oriente como el día.
Aborto incomprensible de la nada
que lo lanzó, destello de su abismo,
esperad, esperad a que las sombras
entre sus negros pliegues os cobijen,
que allí tal vez, escrito entre esos pliegues
encontraréis su origen...
esperad el momento en que se os abra
negro y aterrador ante los ojos,
ese libro de sangre donde labra
la triste muerte en caracteres rojos
de sus calladas víctimas el nombre,
y allí veréis, acaso, la palabra
que os ayude a saber quién es el hombre.

Y entre tanto... allá va...
Solo... en el mundo
que tiembla con su peso de gusano
y que al mirarle se estremece y duda;
sobre la tierra inmensa
que le siente su rey y le saluda,
que le siente su dios y que le inciensa.
Allá va... soberano cuya frente
circunda por diadema el infinito,
monarca cuyo trono omnipotente
es el trono de mármol y granito
tallado por los buitres en la roca;
y que marcha, y que marcha dominando
lo mismo en lo que ve y en lo que toca,
desnudo y mendigando
un pedazo de pan para su boca.

Polluelo de ese cóndor de lo oscuro
que se llama el misterio,
y que sin alas y sin luz se lanza
por el supremo espacio de la idea
en pos de una esperanza...
polluelo que adormido entre la noche
sueña ver una estrella,
y enamorado de ella, y atrevido,
se escapa de su nido

creyéndose capaz de ir hasta ella;
quién sabe anoche en su delirio blando
qué luz o qué ilusión distinguiría,
en medio de esas nubes caprichosas
que pueblan, al soñar, la fantasía;
quién sabe lo que en su alma
durante la embriaguez germinaría;
pero capullo que despierta rosa
con los halagos de la brisa amante,
él, creciendo de formas en el sueño,
durmió pequeño y despertó gigante.
Y “El Universo es mío”
clamó al sentirse poderoso y fuerte,
y agitando su cráneo en el vacío,
sin escuchar la ruda carcajada
que como eco a su voz daba la muerte,
“¡Adelante! –se dijo– ¡El mundo es poco
para encerrar mi espíritu... hasta el cielo!”
Y sin mirar siquiera por donde iba,
se lanzó despeñado como un loco,
con la mirada arriba... siempre arriba.

Sonámbulo que duerme y deja el lecho
al supremo mandato
de yo no sé qué voz grande y divina
que alzándose en su pecho

le sorprende y le grita poderosa;
“¡levántate y camina...!”
Pisando aquí una espina y una rosa,
y más allá una rosa y una espina,
el hombre con un cielo de esperanzas
germinando en montón en su cerebro,
sigue a tuestas y a oscuras por la senda
desde antes a sus pasos señalada,
soñando... y en los ojos una venda
que con sus pliegues lóbregos y espesos
le impide que comprenda
su marcha entre sepulcros y entre huesos.

Y allá va... ¡pobre niño que aún suspira
como en los dulces tiempos de la infancia!
Mas dejadle seguir, y será el hombre
que haga nacer la vida del osario,
el apóstol sin nombre,
que Dios admire y que mortal asombre
lo mismo en el Tabor que en el Calvario.
Dejadle caminar, dejad que siga
el vuelo de su genio por los mares,
y mañana ese niño
será el anciano pálido y fecundo,
que, moderno criador, haga que brote
del seno de las olas otro mundo.

Allá va... con un tronco por apoyo
y un girón miserable por abrigo,
valiente y ambicioso y soberano,
bajo su mismo harapo de gitano
y su corteza sucia de mendigo.
¿Qué busca? ni aun él sabe
lo que busca en su loco devaneo...
ni aun él acierta a definir ese algo
que le hace encontrar siempre su deseo;
pero titán del sueño que en la sombra
forja un espacio y a escalarlo sube,
él, mientras pisa en el inmundo cieno,
se duerme con el pie sobre una nube.

Soñar... esa es la vida, ese es el puente
que entre la cuna y el sepulcro media,
el papel miserable del viviente
de la existencia vil en la comedia:
soñar un cielo en que revueltos vagan
hermosos y magníficos vapores,
la esperanza, la dicha,
la gloria y el placer y los amores;
jondinas que se tienden por el aire
al despuntar la vida, allá a lo lejos
y que con ella crecen y con ella
mueren entre los últimos reflejos!

Y, hermoso cisne que en el limpio lago
agitando las olas con su pluma,
ve brotar de su juego al dulce halago
mil copos blancos de rizada espuma,
y arroja un canto dolorido y vago
al mirarlos perderse entre la bruma
el hombre en su tristeza,
al ver rodar sus blancas ilusiones,
sin colores, sin luz y sin belleza,
de la noche que empieza
por yo no sé qué lóbregas regiones;
suspirando y en lágrimas deshecho
ante la triste realidad que asoma,
arranca un ¡ay! terrible de su pecho,
y luego, al dar un paso, se desploma.

Atleta del dolor, de nuevo emprende
la lucha formidable
con ese gladiador de las tinieblas
que se llama el destino;
y cantando y sonriendo
para insultar la palpitante pena
que le destroza el corazón mezquino,
lanza un grito feroz y entra a la lucha...
pero, vencido al fin, rueda en la arena
que su alma es poca y su amargura es mucha.

Y entonces... cuando hambriento de placeres
soñándolos su presa,
se mira débil y abatido y solo
sobre el oscuro borde de la huesa,
recuerda el Dios a quien por darle culto
él se fingiera omnipotente y bueno;
pero al sentir dentro del alma oculto
del pesar y el dolor todo el veneno,
en su miseria misma
lo ve pequeño, pobre,
y cogiendo del cieno en que se arrastra
miserable reptil con su congoja,
burlándose de su ídolo, a la frente
como un supremo insulto se lo arroja.

Después... el aire de la muerte zumba
con su bramar inquieto,
el átomo vacila, y... se derrumba...
la tierra es una tumba...
el hombre un esqueleto.

Todo acabó... la noche de la nada
confundiendo en sus pliegues
todo eso grande que la mente forma
y que en el cráneo encierra,
sólo dejó al pasar, como en recuerdo,

un pedazo de tierra...
Y allí... ¿qué hay más allá...?
¿Qué encuentra el hombre
tras de ese velo negro que separa
la luz de las tinieblas...?

¿Es en la tumba, acaso, donde toca,
viéndola cara a cara,
esa ilusión que en su carrera loca
convertida en vapor se le escapara?
¿Es allí donde encuentra los perfumes
y las notas dulcísimas y suaves,
que no pudieron darle en sus encantos
las flores ni las aves...?
O luminoso punto que camina
partiendo de la nada,
por un círculo estrecho, y que termina
su existencia mezquina
allí donde ha empezado la jornada,
¿concluye en el sepulcro
que sus despojos últimos recibe?
¿Es allí donde muere para siempre?
¿Es allí para siempre donde vive?
¡Quién sabe...! Nuestra mente
no alcanza a descifrar esos arcanos
escritos entre huesos y mortajas

por yo no sé qué fétidos gusanos...
Remueve y busca en el inmundo hueco
donde ha visto rodar un ser inerme,
y sin hallar a sus preguntas eco,
sólo ve un cráneo seco
que entre sus antros asquerosos duerme.

Y entre tanto... allá va...
Luz tenebrosa
cuyo destino y cuyo ser esconde
la impenetrable niebla del abismo...
Allá va... tropezando y caminando,
¡Sin comprender adónde,
sin comprenderse él mismo...!

1869

Los beodos

(cuadro de costumbres)

Junto a una pulquería
cuyo título es “Los Godos”
disputaban dos beodos
la tarde de cierto día.

Yo que pasaba por fuera
de la taberna predicha,
me detuve y por mi dicha
oí la disputa entera.

–*Oiga*, amigo, no me *abroche*
tan horrenda tontería,
yo le digo que es de día.
–*Pos* yo digo que es de noche.

–*Pos* yo el sol es lo que miro
y no hay estrella ninguna.
–*Pos* yo digo que es la luna
y muy *grandota dialtiro*.

Es que *asté* ya se le escapa
totitito don *Perfeuto*
porque ya siente el *efeuto*
del maldecido *Tlamapa*.

–¡Qué *Tlamapa*, ni que nada!
A mí el pulque no me *aprieta*,
–*Pos* yo apuesto una peseta.
–*Pos* yo apuesto mi *frezada*.

–¿*Pos* con quién nos arreglamos?
–*Pos* con *cualesquiera*, *vale*.
–Bueno, pero no me *jale*,
–Bueno *pus* entonces vamos.

Y entre diciendo y haciendo
este par de tercos beodos,
se salieron de “Los Godos”
casi, casi que cayendo.

Y viendo pasar un coche
al cochero se acercaron,
y presto le preguntaron
si era de día o de noche.

Pero el salvaje cochero
movió triste la cabeza
y respondió con torpeza:
señores: ¡soy forastero!

La soñadora

Oda

*Leída por José Zamora, a nombre de su autor,
en el beneficio de María Servín.*

Pueblo: tú que prorrumpes en gigantes
himnos de admiración y de entusiasmo
ante el arte y lo bello;
tú, de cuya alma toma
la vestal de la gloria y de la fama
fuego para encender a su destello
de su lámpara mística la llama;
tú, que eres soñador y eres artista,
lo mismo entre la paz que entre la lucha,
prepara una guirnalda de tus flores
más queridas y... escucha.

Era una cuna, un lecho entretejido
de gasas y jazmines...
pequeño, vaporoso, recogido...
una forma de nido
como esos que se ven en los jardines.

Y en ese nido columpiado al aire
con el vaivén arrullador del viento,
era una niña hermosa que soñaba
con yo no sé qué blanco pensamiento;
una niña inocente que dormía
entre los chales de su tibia cuna,
como una de esas hadas misteriosas
que fingen las tinieblas y la luna
entre el húmedo cáliz de las rosas;
virgen de amor en cuya casta frente
el sol de lo inmortal resplandecía
majestuoso y ardiente,
con su rayo de luz grabando en ella
esa chispa radiosa que, más tarde,
ante el sepulcro abierto se alza estrella
y en la *vía-láctea* de los genios arde.

Y la noche era negra, era una noche
que flotaba impalpable como un velo
prendido en las montañas,
sin la luz de un zig-zag entre las sombras
ni la luz de un cocuyo entre las cañas;
negro y vasto ropaje
que cobijaba al átomo del mundo
como al grano de arena el oleaje,

quedando aquella niña en el vacío
de las tinieblas, escondida y sola,
como queda la gota de rocío
cuando cierra la brisa una corola...

Mas de pronto la curva de los cielos
recogió su gigante vestidura,
y libre de los pálidos fantasmas,
que rodaban informes en la altura,
el aire se cubrió de resplandores
que se acercaron tibios y temblantes,
circuyendo la frente de la niña
como un laurel inmenso de diamantes;
y entonces una voz cuya cadencia
sonaba arrulladora
como el canto de amores de la virgen,
se oyó que repetía
en su dulce cascada de gorjeos:
—Duérmete, vida mía,
gozando con la luz y la poesía
de la región que pueblan tus deseos...
Duérmete, flor del arte,
a la que el beso de las auras mece...
Duérmete... y cuando venga a despertarte
la voz de tu destino,
yo, el ángel de tu cuna,

regaré de perfumes y de galas
la áspera cumbre que tu genio adora,
y a donde tienden las inmensas alas
tu ambición y tu fe de soñadora.
Dijo la voz: y la corona ardiente
ensanchando su cerco luminoso
de estrellas inmortales,
se perdió en los lejanos horizontes,
mezclada con el fuego de la aurora
que asomaba su luz tras de los montes.

Después, aquella niña
despertó de su mágico letargo,
y emprendiendo el camino
de la jornada que a la gloria lleva
entre el dolor y el desaliento amargo,
el mundo la miró sobre el proscenio
arrancado un laurel a su destino
y esculpiendo su busto peregrino
sobre el augusto pedestal del genio.
Blanca y tierna paloma
que hasta el templo del arte alzó las alas
para robar al arte sus secretos,
descendiendo después sonriente y bella
entre el aplauso universal de un mundo
lleno de amor y admiración por ella.

Por ella, que eres tú, la que hoy recoges
el ideal de tus sueños infantiles
entre el incienso embriagador del triunfo...
por ti que haces latir entusiasmado
el corazón del pueblo que hoy arranca
la cadencia más dulce y más sentida
del arpa de su gloria,
para arrojarla con su flor más blanca
sobre el gigante altar de tu victoria.

Por ella, que eres tú, la más querida
esperanza de México, la virgen
a quien el porvenir desde la cuna
prometiera su espléndida guirnalda,
y que hoy viene al rumor de las conquistas
que tu celeste inspiración abona
a ceñir en tu frente esa corona
que hace iguales a Dios y a los artistas.

1870

Rasgo de buen humor

¿Y qué? ¿Será posible que nosotros
tanto amemos la gloria y sus fulgores,
la ciencia y sus placeres,
que olvidemos por eso los amores,
y más que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios
que por no darle celos a la ciencia,
no hablemos de los ojos de Dolores,
de la dulce sonrisa de Clemencia,
y de aquella que, tierna y seductora,
aún no hace un cuarto de hora todavía,
con su boca de aurora,

“No te vayas tan pronto”, nos decía?
¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
y tan duros y esquivos con las bellas,
que no alcemos la copa
brindando a la salud de todas ellas?

Yo, a lo menos por mí, protesto y juro
que si al irme trepando en la escalera
que a la gloria encamina,
la gloria me dijera:

–Sube, que aquí te espera
la que tanto te halaga y te fascina;
y a la vez una chica me gritara:

–Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina;
lo juro, lo protesto y lo repito,
si sucediera semejante historia,
a riesgo de pasar por un bendito,
primero iba a la esquina que a la gloria.

Porque será muy tonto
cambiar una corona por un beso;
mas como yo de sabio no presumo,
me atengo a lo que soy, de carne y hueso,
y prefiero los besos y no el humo,
que al fin, al fin, la gloria no es más que eso.

Por lo demás, señores,
¿quién será aquel que al ir para la escuela
con su libro de texto bajo el brazo,

no se olvidó de Lucio o de Robredo
por seguir, paso a paso,
a alguna que nos hizo con el dedo
una seña de amor, así... al acaso?
¿O bien, que aprovechando la sordera
de la obesa mamá que la acompaña,
nos dice: —¡No me sigas!
Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
en separarse del objeto amado
con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
latir su corazón enamorado,
y a quién, más que el café, no ha desvelado
el *café* de no ser correspondido?

Al aire, pues, señores,
lancemos nuestros hurras por las bellas,
por sus gracias, sus chistes, sus amores,
sus perros y sus gatos y sus flores
y cuanto tiene relación con ellas.

Al aire nuestros hurras
de las criaturas por el ser divino,
por la mitad del hombre,
por el género humano femenino.

1871

Lágrimas

A la memoria de mi padre

*Cùm subit illius tristissima noctis imago,
qae mihi supremum tempus in urbe fuit;
cùm repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

OVIDIO. *ELEGÍA III*

Aún era yo muy niño, cuando un día,
cogiendo mi cabeza entre sus manos
y llorando a la vez que me veía
“¡Adiós! ¡Adiós!” me dijo;
“Desde este instante un horizonte nuevo
se presenta a tus ojos;
vas a buscar la fuente
donde apagar la sed que te devora;
marcha... y cuando mañana
al mal que aún no conoces
ofrezcas de tu llanto las primicias,
ten valor y esperanza,
anima el paso tardo,

y mientras llega de tu vuelta la hora,
ama un poco a tu padre que te adora,
y ten valor y... marcha... yo te aguardo”.

Así me dijo, y confundiendo en uno
su sollozo y el mío,
me dio un beso en la frente...
Sus brazos me estrecharon...
y después... a los pálidos reflejos
del sol que en el crepúsculo se hundía
sólo vi una ciudad que se perdía
con mi cuna y mis padres a lo lejos.

El viento de la noche
saturado de arrullos y de esencias,
soplaba en mi redor, tranquilo y dulce
como aliento de niño;
tal vez llevando en sus ligeras alas
con la tibia embriaguez de sus aromas,
el acento fugaz y enamorado
del silencioso beso de mi madre
sobre del blanco lecho abandonado...

Las campanas distantes repetían
el toque de oraciones... una estrella
apareció en el seno de una nube;

tras de mi oscura huella
la inmensidad se alzaba...
yo entonces me detuve,
y haciendo estremecer el infinito
de mi dolor supremo con el grito:
“Adiós, mi santo hogar”, clamé llorando;
“¡Adiós, hogar bendito,
en cuyo seno viven los recuerdos
más queridos de mi alma...
pedazo de ese azul en donde anidan
mis ilusiones cándidas de niño!
¡Quién sabe si mis ojos
no volverán a verte...!
¡Quién sabe si hoy te envió
el adiós de la muerte...!
Mas si el destino rudo
ha de darme el morir bajo tu techo,
si el ave de la selva
ha de plegar las alas en su nido,
¡guárdame mi tesoro, hogar querido,
guárdame mi tesoro hasta que vuelva!”

Las lágrimas brotaron
a mis hinchados párpados... las sombras
espesas y agrupadas de repente
se abrieron de los astros a la huella...

cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,
el cielo era una página y en ella
vi esta cifra: —¡Detente!
¡Detente... y a mi oído
llegó como un arrullo de paloma
la nota de un gemido;
algo como un suspiro de la noche
rompiendo del silencio la honda calma;
algo como la queja
de una alma para la otra alma...
algo como el adiós con que los muertos,
del amor al esfuerzo soberano,
saludan desde el fondo de sus tumbas
al recuerdo lejano!

Al despertar de aquel supremo instante
de letargo sombrío,
la noche de la ausencia desplegaba
su impenetrable velo,
sus sombras sin estrellas,
su atmósfera de hielo...
esa odiosa ceguez en que el ausente
proscrito del cariño,
cumple con su destierro, suspirando
por sus recuerdos vírgenes de niño;

ese inmenso dolor que hace del alma
en el terrible y solitario viaje,
un árido desierto
en donde es un miraje cada punto
y en donde es un amor cada miraje...

Y así de la ampolleta de mi vida
se deslizaban las eternas horas
sobre mi frente mustia y abatida,
sonando al extenderse en lontananza,
como una dulce estrofa desprendida
del arpa celestial de la esperanza;
así, cuando una vez, en el instante
en que la blanca flor de mi delirio
desplegaba en los aires su capullo;
cuando mi muerta fe se estremecía
bajo sus ropas fúnebres de duelo,
al ver flotando en el azul del cielo
el alma de mi hogar sobre la mía;
cuando iba ya a sonar para mis ojos
la última hora del llanto,
y se cambiaba en música de salve
la música elegiaca de mi canto;
mi corazón como la flor marchita
que se abre a las sonrisas de la aurora
esperando la vida de sus rayos,

también se abrió... para plegar su broche,
a las caricias del amor abierto,
encerrando en el fondo de su noche
¡las caricias de un muerto!...

En el espacio blanco y encendido
por los trémulos rayos de la luna,
yo vi asomar su sombra...
la gasa del sepulcro lo envolvía
con sus espesos pliegues...
en su frente espectral se dibujaba
una aureola de angustia, lo que dijo
se perdió en la región donde flotaba...
su mano me bendijo...
su pecho sollozaba...
la sombra se elevó como la niebla
que en la mañana se alza de los campos;
cerré los ojos suspirando, y luego...
oí un adiós en la profunda calma
de aquella inmensidad muda y tranquila,
y al levantar de nuevo la pupila
¡el cielo estaba negro como mi alma!

En el reloj terrible
donde cada dolor marca su instante,
el destino inflexible

señalaba la cifra palpitante
de aquella hora imposible;
hora triste en que el íntimo santuario
de mis sueños de gloria,
vio su altar solitario,
convertido su sol en tenebrario,
y su culto en memoria...
Hora negra en que la urna consagrada
para envolverte, ¡oh, padre!
del cariño en la esencia perfumada,
fue un sepulcro sombrío
donde sólo dejaste tu recuerdo
para hacer más inmenso su vacío.

¡Padre... perdón porque te amaba tanto,
que en el orgullo de mi amor creía
darte en él un escudo!
¡Perdón porque luché contra la suerte,
y desprenderme de tus brazos pudo!
¡Perdón porque a tu muerte
le arrebaté mis últimas caricias
y te dejé morir sin que rompiendo
mi alma los densos nublados de la ausencia,
fuera a unirse en un beso con la tuya
y a escuchar tu postrera confidencia!

Sobre la blanca cuna en que de niño
me adurmieron los cantos de la noche,
el cielo azul flotaba,
y siempre que mis párpados se abrían,
siempre hallé en ese cielo dos estrellas
que al verme desde allí se sonreían;
mañana que mis ojos
se alcen de nuevo hacia el espacio umbrío
que se mece fugaz sobre mi cuna,
tú sabes, padre mío,
que sobre aquella cuna hay un vacío,
que de esas dos estrellas me falta una.

Caíste... de los libros de la noche
yo no tengo la ciencia ni la clave;
en la tumba en que duermes,
yo no sé si el amor tiene cabida...
yo no sé si el sepulcro
puede amar a la vida;
pero en la densa oscuridad que envuelve
mi corazón para sufrir cobarde,
yo sé que existe el germen de una hoguera
que a tu memoria se estremece y arde...
yo sé que es el más dulce de los nombres
el nombre que te doy cuando te llamo,
y que en la religión de mis recuerdos
tú eres el dios que amo.

Caíste... de tu abismo impenetrable
la helada niebla arroja
su negra proyección sobre mi frente,
crepúsculo que avanza
derramando en el aire transparente
las sombras de una noche sin oriente
y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre... duérmete... mi alma estremecida
te manda su cantar y sus adioses;
vuela hacia ti, y flotando
sobre la piedra fúnebre que sella
tu huesa solitaria,
mi amor la enciende, y sobre ti, sobre ella,
en la noche sin fin de tu sepulcro
mi alma será una estrella.

Julio de 1871

A Laura

Yo te lo digo, Laura... quien encierra
valor para romper el yugo necio
de las preocupaciones de la tierra.

Quien sabe responder con el desprecio
a los que, amigos del anacronismo,
defienden el pasado a cualquier precio.

Quien sacudiendo todo despotismo
a ninguno somete su conciencia
y se basta al pensar consigo mismo.

Quien no busca más luz en la existencia
que la luz que desprende de su foco
el sol de la verdad y la experiencia.

Quien ha sabido en este mundo loco
encontrar el disfraz más conveniente
para encubrir de nuestro ser lo poco.

Quien al amor de su entusiasmo siente
que algo como una luz desconocida
baja a imprimir un ósculo en su frente.

Quien tiene un corazón en donde anida
el genio a cuya voz se cubre en flores
la paramal tristeza de la vida;

y un ser al que combaten los dolores
y esa noble ambición que pertenece
al mundo de las almas superiores;

culpable es, y su lira no merece
si debiendo cantar, rompe su lira
y silencioso y mudo permanece.

Porque es una tristísima mentira
ver callado al zentzontle y apagado
el tibio sol que en nuestro cielo gira;

o ver el broche de la flor cerrado
cuando la blanca luz de la mañana
derrama sus caricias en el prado.

Que indigno es de la gloria soberana,
quien siendo libre para alzar el vuelo,

al ensayar el vuelo se amilana.

Y tú, que alientas ese noble anhelo,
¡mal harás si hasta el cielo no te elevas
para arrancar una corona al cielo!...

Álzate, pues, si en tu interior aún llevas
el germen de ese afán que pensar te hace
en nuevos goces y delicias nuevas.

Sueña, ya que soñar te satisface
y que es para tu pecho una alegría
cada ilusión que en tu cerebro nace.

Forja un mundo en tu ardiente fantasía,
ya que encuentras placer y te recreas
en vivir delirando noche y día.

Alcanza hasta la cima que deseas,
mas cuando bajes de esa cima al mundo
refiérenos al menos lo que veas.

Pues será un egoísmo sin segundo,
que quien sabe sentir como tú sientes
se envuelva en un silencio tan profundo.

Haz inclinar ante tu voz las frentes,
y que resuene a tu canción unido
el general aplauso de las gentes.

Que tu nombre do quiera repetido,
resplandeciente en sus laureles sea
quien salve tu memoria del olvido;

y que la tierra en tus pupilas lea
la leyenda de un alma consagrada
al sacerdocio augusto de la idea.

Sí, Laura... que tus labios de inspirada
nos repitan la queja misteriosa
que te dice la alondra enamorada;

que tu lira tranquila y armoniosa
nos haga conocer lo que murmura
cuando entreabre sus pétalos la rosa;

que oigamos en tu acento la tristura
de la paloma que se oculta y canta
desde el fondo sin luz de la espesura;

o bien el grito que en su ardor levanta
el soldado del pueblo, que a la muerte
envuelto en su bandera se adelanta.

Sí, Laura... que tu espíritu despierte
para cumplir con su misión sublime,
y que hallemos en ti a la mujer fuerte
que del oscurantismo se redime.

1872

¡Salve!

En unos premios

Hoy que radiante de vida,
de ensueños y de placer,
vienes, juventud querida,
a palpar estremecida
tus ilusiones de ayer.

Hoy que la gloria sonriente
que con sus gracias te atrajo,
te acaricia dulcemente,
ciñendo sobre tu frente
las coronas del trabajo.

Hoy que a la luz que destella,
la estrella de la victoria
sobre tu empezada huella,
ves surgir al cabo de ella
todo un porvenir de gloria;

Gózate mientras agite
tu noble alma la emoción,
y entre tus goces, permite
que a tus plantas deposite
mi lira y mi corazón.

Y mañana que a seguir
tus pasos vuelvas triunfante,
recuerda hasta sucumbir
que el lema del porvenir
es marchar siempre adelante.

Y graba en tu pensamiento
si tu valor se rebaja
porque se agote tu aliento,
que en el taller del talento
quien triunfa es el que trabaja.

1872

Gracias

¡A ti, niña, la voz del sentimiento,
la palabra dulcísima y serena...!
que me has hecho, al arrullo de tu acento,
olvidar este eterno sufrimiento
al que Dios o la suerte me condena.

¡A ti... la blanca estrella, a la que debo
la luz de un rayo de ilusión y calma,
yo que hace tanto tiempo que no llevo
más que luto y tinieblas en el alma!

A ti... la que te llamas mensajera
de un porvenir de ensueños y de gloria
que mi espíritu muerto ya no espera...
la dulce golondrina, la que me hablas
de una mañana y de una primavera,
en medio de estas brumas invernales,
y en medio de estos ásperos breñales
que ya no brotan ni una flor siquiera.

¡Gracias...! Si tú no sabes ni adivinas
la suprema ventura que se siente
cuando de la corona de la frente

viene alguien a quitarnos las espinas;
si ignoras lo que vale
una frase de amor y de consuelo
para aquel que suspira sin un cielo
que guarde el ¡ay! que de su pecho sale;
yo no, que acostumbrado
a llorar mis dolores siempre solo
y en el fondo de mi alma retirado,
yo, niña, he comprendido que no hay queja
como la queja que respuesta no halla,
que no hay pesar como el pesar oculto,
que no hay dolor como el dolor que calla,
y que triste el llorar, agobia menos
la calcinante lágrima que rueda,
cuando una mano cariñosa enjuga
la que temblando en las pestañas queda.
¡Sí, niña! desde ahora
ya al sufrimiento no seré cobarde,
ni me hará estremecer aterradora
la llegada tristísima de esa hora
que empieza en las tinieblas de la tarde;
te tengo a ti... la que a mi lado vienes
cuando el consuelo de tu voz reclamo...
la que me das tus brazos y tu abrigo,
la que sufres conmigo si yo sufro,
la que al verme llorar lloras conmigo...!

¡Gracias! y si algún día,
cuando tu pecho al desengaño abras,
llegas a padecer esta agonía
y esta negra y letal melancolía
que tanto han endulzado tus palabras;
si alguna vez te miras en el mundo
sola y abandonada a su congoja,
sin encontrar en tu dolor profundo
quien tus calladas lágrimas recoja;
llámame entonces, y a tu blando lecho,
mientras que tú dormitas y descansas
yo iré a velar tranquilo y satisfecho
y a encender en el fondo de tu pecho
la estrella de las dulces esperanzas;
llámame... y cuando en vano
tiendas la vista en tu redor sombrío,
yo iré a llevarte en el consuelo mío
los besos y el cariño de un hermano.

1872

Por eso

Porque eres buena, inocente
como un sueño de doncella,
porque eres cándida y bella
como un nectario naciente.

Porque en tus ojos asoma
con un dulcísimo encanto,
todo lo hermoso y lo santo
del alma de una paloma.

Porque eres toda una esencia
de castidad y consuelo,
porque tu alma es todo un cielo
de ternura y de inocencia.

Porque al sol de tus virtudes
se mira en ti realizado
el ideal vago y soñado
de todas las juventudes;

por eso, niña hechicera,
te adoro en mi loco exceso;
por eso te amo, y por eso
te he dado mi vida entera.

Por eso a tu luz se inspira
la fe de mi amor sublime;
¡por eso solloza y gime
como un corazón mi lira!

Por eso cuando te evoca
mi afán en tus embelesos,
siento que un mundo de besos
palpita sobre mi boca.

Y por eso entre la calma
de mi existencia sombría,
mi amor no anhela más día
que el que una mi alma con tu alma.

1872

Misterio

Si tu alma pura es un broche
que para abrirse a la vida
quiere la calma adormida
de las sombras de la noche.

Si buscas como un abrigo
lo más tranquilo y espeso,
para que tu alma y tu beso
se encuentren sólo conmigo.

Y si temiendo en tus huellas
testigos de tus amores,
no quieres ver más que flores,
más que montañas y estrellas;

yo sé muchas grutas, y una
donde podrás en tu anhelo,
ver un pedazo de cielo
cuando aparezca la luna,

Donde a tu tímido oído
no llegarán otros sonos
que las tranquilas canciones
de algún ruiñeñor perdido.

Donde a tu mágico acento
y estremecido y de hinojos,
veré abrirse ante mis ojos
los mundos del sentimiento.

Y donde tu alma y la mía,
como una sola estrechadas,
se adormirán embriagadas
de amor y melancolía.

Ven a esa gruta, y en ella
yo te diré mis desvelos,
hasta que se hunda en los cielos
la luz de la última estrella,

y antes que el ave temprana
su alegre vuelo levante
y entre los álamos cante
la vuelta de la mañana,

yo te volveré al abrigo
de tu estancia encantadora,
donde al recuerdo de esa hora
vendrás a soñar conmigo...

Mientras que yo en el exceso
de la pasión que me inspiras
iré a soñar que me miras,
e iré a soñar que te beso.

1872

Esperanza

Mi alma, la pobre mártir
de mis ensueños dulces y queridos,
la viajera del cielo, que caminas
con la luz de un delirio ante los ojos,
no encontrando a tu paso más que abrojos
ni sintiendo en tu frente más que espinas,
sacude y deja el luto
con que la sombra del dolor te envuelve,
y olvidando el gemir de tus cantares
deja la tumba y a la vida vuelve.

Depón y arroja el duelo
de tu tristeza funeral y yerta,
y ante la luz que asoma por el cielo
en su rayo de amor y de consuelo,
saluda al porvenir que te despierta.

Transforma en sol la luna
de tus noches eternas y sombrías;
renueva las sonrisas que en la cuna
para hablar con los ángeles tenías;

y abrigando otra vez bajo tu cielo,
de tus horas de niña la confianza,
diles tu último adiós a los dolores,
y engalana de nuevo con tus flores
las ruinas del altar de tu esperanza.

Ya es hora de que altivas
tus alas surquen el azul como antes;
ya es hora de que vivas,
ya es hora de que cantes;
ya es hora de que enciendas en el ara
la blanca luz de las antorchas muertas,
y de que abras tu templo a la que viene
en nombre del amor ante sus puertas.

¡Bajo el espeso y pálido nublado
que enluta de tu frente la agonía,
aún te es dado que sueñes, y aún te es dado
vivir para tus sueños todavía!...
¡Te lo dice su voz, la de aquel ángel
cuya memoria celestial y blanca
es él solo entre todos tus recuerdos
que ni quejas ni lágrimas te arranca!...
¡Su voz dulce y bendita
que cuando tu dolor aún era niño,
bajaba entre tus cánticos de muerte,

mensajera de amor a prometerte
la redención augusta del cariño!...

Y yo la he visto, ¡mi alma!, desgarrando
del manto de la bruma el negro broche
y encendiendo a la luz de su mirada,
esas dulces estrellas de la noche
que anuncian la alborada...

¡Yo he sentido el perfume voluptuoso
del crespón virginal que la envolvía,
y he sentido sus besos, y he sentido
que al acercarse a mí se estremecía!...

¡Si, mi pobre cadáver, desenvuelve
los pliegues del sudario que te cubre
levántate, y no caves
tu propia tumba en un dolor eterno!...
La vuelta de las aves
te anuncia ya que terminó el invierno;
saluda al sol querido
que en el Levante de tu amor asoma,
y ya que tu paloma vuelve al nido,
reconstrúyele el nido a tu paloma.

1872

Resignación

A...

¡Sin lágrimas, sin quejas,
sin decirlas adiós, sin un sollozo!
cumplamos hasta lo último... la suerte
nos trajo aquí con el objeto mismo,
los dos venimos a enterrar el alma
bajo la losa del escepticismo.

Sin lágrimas... las lágrimas no pueden
devolver a un cadáver la existencia;
que caigan nuestras flores y que rueden,
pero al rodar, siquiera que nos queden
seca la vista y firme la conciencia.

¡Ya lo ves! para tu alma y para mi alma
los espacios y el mundo están desiertos...
los dos hemos concluido,
y de tristeza y aflicción cubiertos,
ya no somos al fin sino dos muertos
que buscan la mortaja del olvido.

Niños y soñadores cuando apenas
de dejar acabábamos la cuna,
y nuestras vidas al dolor ajenas
se deslizaban dulces y serenas
como el ala de un cisne en la laguna
cuando la aurora del primer cariño
aún no asomaba a recoger el velo
que la ignorancia virginal del niño
extiende entre sus párpados y el cielo,
tu alma como la mía,
en su reloj adelantando la hora
y en sus tinieblas encendiendo el día,
vieron un panorama que se abría
bajo el beso y la luz de aquella aurora;
y sintiendo al mirar ese paisaje
las alas de un esfuerzo soberano,
temprano las abrimos, y temprano
nos trajeron al término del viaje.

Le dimos a la tierra
los tintes del amor y de la rosa;
a nuestro huerto nidos y cantares,
a nuestro cielo pájaros y estrellas;
agotamos las flores del camino
para formar con ellas
una corona al ángel del destino...

y hoy en medio del triste desacuerdo
de tanta flor agonizante o muerta,
ya sólo se alza pálida y desierta
la flor envenenada del recuerdo.

Del libro de la vida
la que escribimos hoy es la última hoja...
cerrémoslo en seguida,
y en el sepulcro de la fe perdida
enterremos también nuestra congoja.

Y ya que el cielo nos concede que este
de nuestros males el postrero sea,
para que el alma a descansar se apreste,
aunque la última lágrima nos cueste,
cumplamos hasta el fin con la tarea.
Y después cuando al ángel del olvido
hayamos entregado estas cenizas
que guardan el recuerdo adolorido
de tantas ilusiones hechas trizas
y de tanto placer desvanecido,
dejemos los espacios y volvamos
a la tranquila vida de la tierra,
ya que la noche del dolor temprana
se avanza hasta nosotros y nos cierra
los dulces horizontes del mañana.

Dejemos los espacios, o si quieres
que hagamos, ensayando nuestro aliento,
un nuevo viaje a esa región bendita
cuyo sólo recuerdo resucita
al cadáver del alma al sentimiento,
lancémonos entonces a ese mundo
en donde todo es sombras y vacío,
hagamos una luna del recuerdo
si el sol de nuestro amor está ya frío;
volemos, si tú quieres,
al fondo de esas mágicas regiones,
y fingiendo esperanzas e ilusiones,
rompamos el sepulcro, y levantando
nuestro atrevido y poderoso vuelo,
formaremos un cielo entre las sombras,
y seremos los duendes de ese cielo.

14 de junio de 1872

Dos víctimas

¿Se acuerda usted de Juan, de aquel muchacho
de quien le dije a usted
que eran aquellos cuadros tan bonitos
y el paisajito aquel?

¿Sí?, pues señor, ayer por la mañana
como a eso de las diez,

se suicidó por celos de su novia;

¿lo pasará usted a creer?

Yo no pude ir a verle, porque he estado
muy malo desde antier;

pero Antonio, el que en casa de Jacinta
nos habló aquella vez,

cuando por poco mata a usted a palos
el papá de Isabel,

dice que estaba el pobre hecho pedazos
desde el cuello a los pies,

con la lengua de fuera y con los ojos
volteados al revés;

que el pavimento estaba ensagrentado,
manchada la pared,

y que además del pecho en que tenía
dos heridas o tres
se rasgó la garganta y, según dicen,
la barriga también.

Juzgando por el dicho de los guardas
y el dueño del hotel,
el arma con que Juan se dio la muerte
fue un tranchete leonés.

El caso es que en la bolsa del chaleco
le hallaron un papel
que, sobre poco más o menos, dice
lo que va usted a ver:

—Para que a nadie acuse de mi muerte
don Tiburcio Montiel,
sépase que me mato, porque quiero
dejar de padecer...

porque ya estoy cansado de esta vida
que tan odiosa me es,
y porque ya he bebido hasta las heces
el cáliz de la hiel.

Mi novia Sinfioriana se ha casado,
y esto no puede ser...
un desgraciado menos... Pasajero,
¡ruégale a Dios por él...!—

Así dice la carta que yo mismo
vi en “El Siglo” de ayer,
¿quién se hubiera pensado hace tres días,
figúrese usted, quién,
que aquel huero tan gordo y colorado,
que el barboncito aquel,
tan callado y tan serio, moriría
pocas horas después...?
¿Verdad que nadie?, pues el hecho es ese,
así como también
que la tal Sinforiana ha derramado
mil lágrimas por él,
pues dice que su esposo el comandante,
solamente en un mes,
le ha dado tres palizas soberanas
sin contar la de ayer;
que llega por la noche en un estado
incapaz de embriaguez;
que sin llevarle el diario le está siempre
pidiendo que comer,
y, en fin, que una y mil veces le ha pesado
haberse ido con él.
La pobrecita está tan apurada
que ya no halla que hacer,

y según yo la he visto, apostaría
doscientos contra cien,
y que si dura, durará a lo mucho
¡hasta fines del mes...!

Conclusión: –Sinforiana se ha matado.
¿No se lo dije a usted?

1872

Entonces y hoy

Ese era el cuadro que, al romper la noche,
sus velos de crespón,
alumbrió, atravesando las ventanas,
la tibia luz del sol:

un techo que acababa de entreabrirse
para que entrara Dios,
una lámpara pálida y humeante
brillando en un rincón.

Y entre las almas de los dos esposos,
como un lazo de amor,
una cuna de mimbres con un niño
recién nacido... ¡yo!

Posadas sobre la áspera cornisa
todas de dos en dos;
las golondrinas junto al pardo nido
lanzaban su canción.

En tanto que a la puerta de sus jaulas,
temblando de dolor,
mezclaban la torcaza y los zentzontlis
sus trinos y su voz.

La madreSelva, alzando entre las rejas
su tallo trepador,
enlazaba sus ramas y sus hojas
en grata confusión,
formando un cortinaje en el que había
por cada hoja una flor,
en cada flor una gotita de agua,
y en cada gota un sol,
¡reflejo del dulcísimo de entonces
y del doliente de hoy!
Mi madre, la que vive todavía
puesto que vivo yo,
me arrullaba en sus brazos suspirando
de dicha y de emoción,
mientras mi padre en el sencillo exceso
de su infinito amor,
me daba las caricias que más tarde
la ausencia me robó,
y que a la tumba en donde duerme ahora
¡a pagarle aún no voy!...
Forma querida del amante ensueño
que embriagaba a los dos,
yo era en aquel hogar y en aquel día
de encanto y bendición,
para mi cuna blanca, un inocente,

para el mundo un dolor,
y para aquellos corazones buenos
¡un tercer corazón!...
De aquellas horas bendecidas, hace
veintitrés años hoy...
y de aquella mañana a esta mañana,
de aquel sol a este sol,
mi hogar se ha retirado de mis ojos,
se ha hundido mi ilusión,
y la que tiene al cielo entre sus brazos,
la madre de mi amor,
ni viene a despertarme en las mañanas,
ni está donde yo estoy;
y en vano trato de que mi arpa rota
module una canción,
y en vano de que el llanto y sus sollozos
dejen de ahogar mi voz...
que solo y frente a todos los recuerdos
de aquel tiempo que huyó,
mi alma es como un santuario en cuyas ruinas,
sin lámpara y sin Dios,
evoco a la esperanza, y la esperanza
penetra en su interior,
como en el fondo de un sepulcro antiguo
las miradas del sol...

Bajo el cielo que extiende la existencia
de la cuna al panteón,
en cada corazón palpita un mundo,
y en cada amor un sol...
Bajo el cielo nublado de mi vida
donde esa luz murió,
¿qué hará este mundo de los sueños míos?
¿Qué hará mi corazón?

1872

Ante un cadáver

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha
donde el gran horizonte de la ciencia
la extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia
viene a dictar las leyes superiores
a que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
ese astro a cuya luz desaparece
la distinción de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
y la voz de los hechos se levanta
y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
a leer la solución de ese problema
cuyo sólo enunciado nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema
y que en tus labios escuchar ansía
la augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya... tras de la lucha impía
en que romper al cabo conseguiste
la cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,
tu máquina vital descansa inerte
y a cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más!, dirán al verte
los que creen que el imperio de la vida
acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida
se acercarán a ti, y en su mirada
te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!... tu misión no está acabada
que ni es la nada el punto en que nacemos,
ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
cuando al querer medirla le asignamos
la cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos
nuestra forma, la forma pasajera
con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
que nuestro ser reviste, ni tampoco
será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
volverás a la tierra y a su seno
que es de la vida universal el foco.

Y allí, a la vida en apariencia ajeno,
el poder de la lluvia y del verano
fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano
irás del vegetal a ser testigo
en el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
al triste hogar donde la triste esposa
sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
verán alzarse de su fondo abierto
la larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto
irá al lecho infeliz de tus amores
a llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
tu cráneo lleno de una nueva vida,
en vez de pensamientos dará flores,

en cuyo cáliz brillará escondida
la lágrima, tal vez, con que tu amada
acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
porque en la tumba es donde queda muerta
la llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión a cuya puerta
se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
que de nuevo a la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
allí acaban los goces y los males,
allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
y mezclados el sabio y el idiota
se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
y perece la máquina, allí mismo
el ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo
del antiguo organismo se apodera
y forma y hace de él otro organismo.

Abandona a la historia justiciera
un nombre, sin cuidarse, indiferente,
de que ese nombre se eternice o muera.

Él recoge la masa únicamente
y cambiando las formas y el objeto
se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto,
mas la vida en su bóveda mortuoria
prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
a la que tanto nuestro afán se adhiere,
la materia, inmortal como la gloria,
cambia de formas; pero nunca muere.

1872

La felicidad

Un cielo azul, dos estrellas
brillando en la inmensidad;
un pájaro enamorado
cantando en el florestal;
por ambiente los aromas
del jazmín y el azahar;
junto a nosotros el agua
brotando del manantial;
nuestros corazones cerca,
nuestros labios mucho más,
tú levantándote al cielo
y yo siguiéndote allá,
ese es el amor, mi vida,
¡esa es la felicidad...!

Cruzar con las mismas alas
los mundos de lo ideal;
apurar todos los goces,
y todo el bien apurar;
de los sueños y la dicha
volver a la realidad,

despertando entre las flores
de un césped primaveral;
los dos mirándonos mucho,
los dos besándonos más,
ese es el amor, mi vida,
¡esa es la felicidad...!

Octubre de 1872

Al ruiseñor mexicano

Hubo una selva y un nido
y en ese nido un jilguero
que alegre y estremecido,
tras de un ensueño querido
cruzó por el mundo entero.

Que de su paso en las huellas
sembró sus notas mejores,
y que recogió con ellas
al ir por el cielo, estrellas,
y al ir por el mundo, flores.

Del nido y de la enramada
ninguno la historia sabe;
porque la tierra admirada
dejó esa historia olvidada
por escribir la del ave.

La historia de la que un día,
y al remontarse en su vuelo,
fue para la patria mía
la estrella que más valía
de todas las de su cielo.

La de aquella a quien el hombre
robara el nombre galano
que no hay a quien no le asombre,
para cambiarlo en el nombre
de Ruiseñor mexicano.

Y de la que al ver perdido
su nido de flores hecho,
halló en su suelo querido
en vez de las de su nido
las flores de nuestro pecho.

Su historia... que el pueblo ardiente
en su homenaje más justo
viene a adorar reverente
con el laurel esplendente
que hoy ciñe sobre tu busto.

Sobre esa piedra bendita
que grande entre las primeras,
es la página en que escrita
leerán tu gloria infinita
las edades venideras;

Y que unida a la memoria
de tus hechos soberanos,
se alzaré como una historia
hablándoles de tu gloria
a todos los mexicanos.

Porque al mirar sus destellos
resplandecer de este modo,
bien puede decirse entre ellos
que el nombre tuyo es de aquellos,
que nunca mueren del todo.

1872

La vida del campo

Beatus ille qui procul negotiis...

HORACIO

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
fue quien se alzó el primero,
echando a noramala la cultura
y hablando de la dicha y la ventura
que se goza viviendo a lo rancharo;
yo no sé si el buen vate poseería
quinta o hacienda, o lo que allá se estile,
ni si viviendo en ella se hallaría
cuando dio en escribir su *Beatus ille*;
pero el hecho y el caso
es que desde él a Rosas,
sin contar a Fray Luis y a Garcilaso,
no hay poeta que no hable a cada paso
de la vida del campo y de sus cosas;
y tanto de magnífico y de bueno
nos dicen de esa vida,
y tanto nos repiten *la escondida
senda, y la fruta del cercado ajeno,*

que ganas dan de veras
de comprar unas buenas chaparreras,
de abandonar el fieltro por el ancho,
el bastón por la reata,
y adiós diciendo a la ciudad ingrata,
a caballo o a pie lanzarse a un rancho.

Y como esos señores
saben decirlo y presentarlo todo
con ese *meomodeodo*
exclusivo a los buenos escritores,
de aquí resulta en consecuencia clara,
que ante cuadros tan bellos y felices,
más de cuatro lectores
se quedan con un palmo de narices
y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que menos
es seguro que exclama:
“¡Oh!, ¡la vida del campo! ¡Cuán hermoso
debe de ser en la abrasada siesta
gozar de la frescura y del reposo,
cabe la margen del riachuelo undoso
que corre serpenteando en la floresta!”
O bien si se halla cerca la señora
con la que piensa dar en el *busilis*,

y que tiene por fuerza que ser Filis
desde el momento en que entre a labradora,
le dirá: “Por la tarde, Filis mía,
nos iremos al monte, y desde el monte
verás cuán grato es al morir el día
el cuadro que presenta el horizonte”.

Y esto, que ciertamente
es de una grande y poética belleza,
le parece al *señor* tan convincente
que sin andarse *en chicas*,
ni pensarlo primero,
se mete de ranchero en la confianza
de que el dolor no puede ser ranchero.

¡Ah!, ¡si yo refiriera una por una
las víctimas que debe
este error, que en el siglo diez y nueve
va haciéndose tan raro por fortuna!
Sin caminar más lejos,
yo que conmigo aún no me reconcilio
por haberme buscado esa desgracia;
yo soy el más completo verbi-gracia
de un mártir de su amor por el idilio.

Diome hace tiempo ya por la manía
de leer y releer cuanto a mis manos
sobre la vida pastoril caía,
y tanto di en pensar de noche y día
sobre los bienes rústicos y urbanos,
que convencido al fin de que la corte
sólo es del mal y del dolor la senda,
exclamé: ¡que el demonio te soporte...!
Y después de pedir mi pasaporte
me puse en dirección para una hacienda.

Aún no asomaba el rubicundo Febo
poniendo al universo como nuevo,
y el saltador y alegre jilguerillo
aún no alzaba su canto entre las breñas,
cuando yo y mi tordillo,
un animal muy bruto por más señas,
atravesando cerros y asustando
aquí a un conejo y más allá a una liebre,
íbamos ya en vereda y caminando
yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga
de correr y correr a la ventura,
a despecho y pesar de mi andadura
que protestaba ya contra la carga,

más que pesada, dura,
y más que dura y que pesada, amarga,
pues era nada menos mi amargura;
después de una hora impía
de correr y de andar inútilmente,
sin poder distinguir ni aun vagamente
las señales de alguna ranchería,
dimos por fin con una
donde cansados ya de correr tanto,
mi animal se alzó y dijo: *¡qué fortuna!*
Y yo me bajé y dije: *¡aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
se me echaran encima, fue todo uno;
pero a la voz de alarma,
salieron de la choza unos pastores,
y cogiendo unas piedras, que son la arma
de que se valen siempre esos señores,
a su sola presencia fue acabando
del canino furor hasta el residuo,
¡y yo pude por fin en eco blando
cantar la instalación de mi individuo!

—¡Oh habitantes felices
de esta comarca rústica y tranquila...!

–les dije yo tan luego
que vi a los canes en lugar seguro.
–Yo vengo aquí tras del feliz sosiego
que en la alma del labriego
derrama este aire embalsamado y puro,
cansado de la vida
que se lleva en la corte aborrecida;
yo vengo con el mal que me destroza
y que gimiendo mi zampoña exhala,
a que me deis un sitio en vuestra choza,
media torta de pan... y una zagala.

Así fue, sobre poco más o menos,
el pequeño y tristísimo discurso
que improvisé al mirarme entre el concurso
de aquellos hombres rústicos y buenos;
y media hora después, una pastora,
no Flérida ni Arminda,
pero, eso sí, tan linda
que casi era una chica encantadora,
se presentó a mi vista completando
con un trozo de pan que me traía
las tres cosas aquellas,
y haciéndome gozar con todas ellas,
de modo que yo dije: *¡aquí es la mía!*
Nunca lo hubiera dicho,

o por mejor decir, no lo hubiera hecho,
 pues apenas sintió ella sobre su hombro
 un beso que le di en mi desvarío,
 cuando con triste asombro,
 ¡cayó de mi ilusión sobre el escombro
 un bofetón de Dios y Señor mío...!

Después de que comí aquel pan amargo
 al que hizo más amargo este detalle,
 de mi fe y de mis creencias en descargo
 pronuncié suspirando un *sin embargo*,
 ¡y me puse en camino para el valle...!
 Allí, pensaba yo, mientras seguía
 el mejor y más cómodo sendero,
 allí bajo de un olmo
 encontraré un consuelo en mi tristeza,
 ya que la pérfida esa
 a mi pena y dolor ha puesto colmo.
 Bajo sus verdes y brillantes hojas
 iré a llorar la pena que me mata;
 y si la muy ingrata
 va a reírse aún allí de mis congojas,
 pues que en mi tierno y ardoroso ahínco
 ni una sonrisa de su amor merezco,
 o le hago comprender lo que padezco,
 o le hago comprender *¡cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
como en la alma de un poeta de veinte años,
todo estaba tan seco y tan marchito
como ella a los primeros desengaños,
los árboles sin ramas y sin hojas,
la hierba macilenta y amarilla,
y en medio de este cuadro y a lo lejos,
un arroyo estancado, a cuya orilla
rumiaban con afán dos toros viejos.
Ante tal panorama,
yo que soñaba coronar mi frente
con las flores cogidas a una rama
de las verdes y muchas de la fuente;
yo que soñaba en recrear mi oído
con la canción dulcísima y sabrosa
del tordo filarmónico escondido
cabe las ramas de la selva umbrosa,
me senté sobre el tronco de un encino
y me puse a llorar con tantas ganas,
que los cielos al verme y al oírme
llorar con un dolor tan verdadero,
empezaron también recio y de firme
a gemir y a llorar un aguacero.

¡Ay! cómo, y cómo entonces
extrañé los *simones* de la plaza,
y cómo fue aquel líquido elemento

que entraba hasta mis huesos poco a poco,
el mejor y más sólido argumento
para obligarme a ver que estaba loco.
Cuando llegué a la choza, las estrellas
brillaban ya en el éter indeciso,
y en derredor del fuego
que alumbraba muy poco ciertamente,
me hallé con que a la ley de un uso añejo,
pero para ellos bueno y necesario,
bajo la voz de un viejo, un poco viejo,
rezaban todos juntos el rosario.

Esto sí no es conmigo,
me dije yo al primer *Santa María*,
viendo que no era aquella la más propia
ocasión de salvarme del infierno;
y encontrando en la fe que mi alma acopia,
que aquella copia era muy mala copia
para darle el valor de un Padre Eterno;
y como el sueño, gente que no reza,
me estaba ya doblando la cabeza
y yo empezaba ya a sentir en mi alma
sus primeras y dulces vaguedades,
me decidí a dormir en santa calma
para acabar con tantas necedades...

–El sueño por lo menos
me hará gozar de la ilusión que ansío
–pensaba yo temblando
¡y estremecido todo por el frío!
–Y como ellos me han puesto en este brete
que peor no puede ser según barrunto,
¡evocaré a Fray Luis y a Navarrete
y les diré lo que hay sobre el asunto...!–

Y me dormí... pero una santa gota
que cayendo del techo
con una precisión constante y rara,
bajaba desde el techo hasta la cara
para seguir después por todo el pecho,
me obligó a despertar en el instante
en que soñaba yo, lleno de galas,
bailar bajo la luz de un sol brillante
entre un grupo magnífico y radiante
de blancas y bellísimas zagalas.

¡Ah!, y lo que roncan esas buenas gentes
que a los más fuertes árboles destroncan,
¡y que hacen tanto ruido con los dientes
que parece mentira lo que roncan!
Nunca me hubiera yo ni sospechado
ver por aquellos mundos,
reunidos y durmiendo lado a lado

tantos *bajos profundos...*

Así es que hallando aquello peor que el rezo,
pues era una calumnia contra el arte,
le di gracias a Dios, y después de eso,
me largué con la música a otra parte.

Metido entre un trigal y decidido
a terminar con él lo que era fácil
no estando muy crecido,
me encontré al animal de mi caballo
tan dado y atareado en su faena,
que a no ser por un medio
muy usado y común entre animales,
probablemente no hallo otro remedio
de sacarlo de aquellos andurriales.

Y aún no asomaba iluminando al mundo
la dulce claridad del rubicundo,
y la pastora aquella
aún no se alzaba a ver la última estrella,
cuando cansado ya de ser tan loco
y de soñar en lo que ya no pasa,
rompí de mi ilusión las dulces redes
y me volví a la corte y a mi casa,
donde estoy a las órdenes de ustedes.

1873

Soneto

Porque dejaste el mundo de dolores
buscando en otro cielo la alegría
que aquí, si nace, sólo dura un día
y eso entre sombras, dudas y temores.

Porque en pos de otro mundo y de otras flores
abandonase esta región sombría,
donde tu alma gigante se sentía
condenada a continuos sinsabores:

Yo te vengo a decir mi enhorabuena
al mandarte la eterna despedida
que de dolor el corazón me llena;

que aunque cruel y muy triste tu partida,
si la vida a los goces es ajena,
mejor es el sepulcro que la vida.

1873

Adiós

A...

Después de que el destino me ha hundido en las
[congojas
del árbol que se muere crujiendo de dolor,
tronchando una por una las flores y las hojas
que al beso de los cielos brotaron de mi amor.

Después de que mis ramas se han roto bajo el peso
de tanta y tanta nieve cayendo sin cesar,
y que mi ardiente savia se ha helado con el beso
que el ángel del invierno me dio al atravesar.

Después... es necesario que tú también te alejes
en pos de otras florestas y de otro cielo en pos;
que te alces de tu nido, que te alces y me dejes
¡sin escuchar mis ruegos y sin decirme adiós!

Yo estaba solo y triste cuando la noche te hizo
plegar las blancas alas para acogerte a mí,
y entonces mi ramaje doliente y enfermizo
brotó sus flores todas, y todas para ti.

¡En ellas te hice el nido risueño en que dormías
de amor y de ventura temblando en su vaivén,
y en él te hallaban siempre las noches y los días
feliz con mi cariño y amándome también...!

¡Ah!, nunca en mis delirios creí que fuera eterno
el sol de aquellas horas de encanto y frenesí;
¡pero jamás tampoco que el soplo del invierno
llegara entre tus cantos, y hallándote tú aquí...!

¡Es fuerza que te alejes... rompiéndome en astillas
ya siento entre mis ramas crujir el huracán,
y heladas y temblando mis hojas amarillas
se arrancan y vacilan, y vuelan y se van...!

Adiós, paloma blanca, que huyendo de la nieve
te vas a otras regiones y dejas tu árbol fiel;
mañana que termine mi vida oscura y breve,
ya sólo tus recuerdos palpitarán sobre él.

Es fuerza que te alejes... del cántico y del nido
tú sabes bien la historia, paloma que te vas...
el nido es el recuerdo y el cántico el olvido
¡el árbol es el *siempre* y el ave es el *jamás*!

Y ¡adiós! mientras que puedes oír bajo este cielo
el último ¡ay! del himno cantado por los dos...
te vas y ya levantas el ímpetu y el vuelo,
te vas y ya me dejas, paloma, ¡adiós, adiós!

Septiembre de 1873

A una flor

A mi buena amiga la señorita Rosario Peña

¿Cuando tu broche apenas se entreabría
para aspirar la dicha y el contento,
te doblas ya y, cansada y sin aliento,
te entregas al dolor y a la agonía?

¿No ves, acaso, que esa sombra impía
que ennegrece el azul del firmamento
nube es tan sólo que al soplar el viento,
te dejará de nuevo ver el día?...

¡Resucita y levántate!... Aún no llega
la hora de que en el fondo de tu broche
des cabida al pesar que te doblega.

Injusto para el sol es tu reproche,
que esa sombra que pasa y que te ciega,
es una sombra, pero aún no es la noche.

1873

A Rosario

Esta hoja arrebatada a una corona
que la fortuna colocó en mi frente
entre el aplauso fácil e indulgente
con que el primer ensayo se perdona.

Esta hoja de un laurel que aún me emociona
como en aquella noche, dulcemente,
por más que mi razón comprende y siente
que es un laurel que el mérito no abona;

tú la viste nacer, y dulce y buena
te estremeciste como yo al encanto
que produjo al rodar sobre la escena;

guárdala, y de la ausencia en el quebranto,
que te recuerde, de mis besos llena,
al buen amigo que te quiere tanto.

1873

Nada sobre nada

*Poesía leída en la velada literaria
que celebró la sociedad “El Porvenir”
la noche del 3 de mayo de 1873.*

Pues, señor, dije yo, ya que es preciso,
puesto que así lo han dicho en el programa,
que rompa yo la bendecida prosa
que preparado para el caso había,
y que escriba en vez de ella alguna cosa
así, que se parezca a una poesía,
pongámonos al punto,
ya que es forzoso y necesario, en obra,
sin preocuparnos mucho del asunto,
porque al fin el asunto es lo que sobra.

Así dije, y tomando
no el arpa ni la lira,
que la lira y el arpa
no pasan hoy de ser una mentira,
sino una pluma de ave
con la que escribo yo generalmente,

violenté las arrugas de mi frente
hasta ponerla cejjunta y grave,
y pensando en mi novia, en la adorada
por quien suspiro y lloro sin sosiego,
mojé mi pluma en el tintero, y luego
puse estas ocho letras: *A mi amada.*

Su retrato, un retrato
firmado por Vallete y compañía,
se alzaba junto a mí plácido y grato,
mostrándome las gracias y recato
que tanto adornan a la amada mía;
y como el verlo sólo
basta para que mi alma se emocione,
que Apolo me perdone
si dije aquí que me sentí un Apolo.

Ella no es una rosa,
ni un ser ideal, ni cosa que lo valga;
pero en verso o en prosa
no seré yo el estúpido que salga
con que mi novia es fea,
cuando puedo decir que es muy hermosa
por más que ni ella misma me lo crea;

así es que en mi pintura
hecha en rasgos por cierto no muy fieles,
aumenté de tal modo su hermosura
que casi resultaba una figura
digna de ser pintada por Apeles.

Después de dibujarla como he dicho,
faltando a la verdad por el capricho,
iba yo a colocar el fondo negro
de su alma inexorable y desdeñosa,
cuando al hacerlo me ocurrió una cosa
que hundió mi plan, y de lo cual me alegro;
porque, en último caso,
como pensaba yo entre las paredes
de mi cuarto sombrío,
¿qué les importa a ustedes
que mi amada me niegue sus mercedes,
ni que yo tenga el corazón vacío?
Si mi vida vegeta en la tristeza
y el yugo del dolor ya no soporta,
¿caeré de referirlo en la simpleza
para que alguien me diga en su franqueza:
si viera usted que a mí nada me importa...?

No, de seguro, que antes
prefiero verme loco por tres días,
que imitar a ese eterno Jeremías
que se llama el señor de Caravantes.¹

Y convencido de esto,
lo que era conveniente y necesario,
borré el título puesto,
y buscando a mi lira otro pretexto
escribí este otro título: *El Santuario*.

¡El santuario!... exclamé; pero y ¿qué cosa
puedo decir de nuevo sobre el caso,
cuando en cada volumen de poesías,
en versos unos malos y otros buenos
hay diez odas y media por lo menos,
sobre templos, santuarios y abadías?
Para entonar sobre esto mis cantares,
a más de que el asunto vale poco,
¿qué entiendo yo de claustros ni de altares,
ni qué sé yo de sacristán tampoco?

¹ Agustín de Bazán y Caravantes, poeta mexicano de la segunda mitad del siglo XIX. Publicó *Amores y desdichas* y *Obras de amores* (México, 1891). Juan de Dios Peza lo juzgó como sigue: “Su afectación extremada, el acopio de palabras desusadas y relumbrantes, las imágenes oscuras, el exagerado amor propio revelado a cada paso... han valido a Caravantes amargas y justas censuras”. *N. del Edit.*

No, en la naturaleza
hay asuntos más dignos y mejores,
y más llenos de encantos y de belleza,
y ya que he de escribir, haré una pieza
que se llame *Los prados y las flores*.

Hablaré de la incauta mariposa
que en incesante y atrevido vuelo,
ya abandona la rosa por el cielo,
y ya abandona el cielo por la rosa;
del insecto pintado y sorprendente
que de esconderse entre las hierbas trata,
y de la ave inocente que lo mata,
lo cual prueba que no es tan inocente;
hablaré... pero y luego que haya hablado
sacando a luz al boquirrubio Febo,
yo pregunto, señor, ¿qué habré ganado
con tratar lo que todos han tratado,
si al hacerlo no digo nada nuevo?...

Conque si esto tampoco es un asunto
digno de preocuparme una sola hora,
dejemos sus inútiles detalles,
ya que no hay ni un señor ni una señora
que no sepan muy bien lo que es la aurora
y lo que son las flores y los valles...

Coloquemos a un lado esas materias
que se prestan tan poco para el caso,
y pues esto se ofrece a cada paso
hablemos de la vida y sus miserias.

Empezaré diciendo desde luego,
que no hay virtud, creencias ni ilusiones;
que en criminal y estúpido sosiego
ya no late la fe en los corazones;
que el hombre imbécil, a la gloria ciego,
sólo piensa en el oro y los doblones,
y concluiré en estilo gemebundo:
¡que haya un cadáver más qué importa al mundo!

Y me puse a escribir, y así en efecto,
lo hice en ciento cincuenta octavas reales,
cuyo único defecto,
como se ve por la que dicha queda,
era que en vez de ser originales
no pasaban de un plagio de Espronceda.
Como era fuerza, las rompí en el acto
desesperado de mi triste suerte,
viendo por fin que en esto de poesía
no hay un solo argumento ni una idea
que no peque de fútil, o no sea
tan vieja como el pan de cada día.

En situación tan triste
y estando la hora ya tan avanzada,
¿qué hago, me dije yo, para salvarme
de este grave y horrible compromiso,
cuando ningún asunto puede darme
ni siquiera un adarme
de novedad, de encanto o de un hechizo?
¿Hablaré de la mar yo que en mi vida
he viajado tan poco,
que en materia de charcos sólo he visto,
y eso una vez, el lago de Texcoco?

¿Hablaré de la guerra y de la gente
que enardecida de las cumbres baja
desafiando al contrario frente a frente,
y habré de convertirme en un valiente
yo que nunca he empuñado una navaja?
No, señor, que aunque estudio medicina
y pertenezco a esa importante clase
que no hay pueblo y lugar en que no pase
por ser la más horrible y asesina,
aparte de que en esto hay poco cierto,
como lo prueba y mucho la experiencia,
yo, a lo menos hasta hoy, me hallo a cubierto
de que se alce la sombra de algún muerto
a turbar la quietud de mi conciencia.

Sobre los libros santos, se podría
con meditar y con plagiar un poco,
arreglar o escribir una poesía;
pero ni esto es muy fácil en un día
ni para hablar sobre esto estoy tampoco;
porque en fiestas como ésta
donde el placer está como en su templo,
salir con el Diluvio, por ejemplo,
fuera casi querer aguar la fiesta;
y como yo no quiero que se diga
que he venido a tal cosa,
ya que en mi numen agotado no hallo
ni el asunto ni el plan a que yo aspiro
rompo mi humilde cítara, me callo,
y con perdón de ustedes me retiro.

1873

A la luna

Al señor don Manuel J. Domínguez

¡Oh luna, blanca luna,
que desde el cielo viertes tus fulgores
a despecho de todos los vapores
con que la negra noche te importuna;
yo sé que al permitirme la confianza
de que a abusar cantándote me atrevo,
antes que hablarte de otra cosa debo
darte una explicación de mi tardanza;
pero sabiendo, porque así lo he visto,
no recuerdo en qué parte,
que tú eres noble y generosa y buena
con todos los prosélitos del arte,
entre los que me inscribo al protestarte
que nada hay que sin ti valga la pena,
dejo los cumplimientos
y las excusas fútiles y vanas
a fin de aprovechar estos momentos;
que tú al ver que en mis labios
se agita el estro y mi silencio trunca,

recordarás que el vulgo y aun los sabios
dicen que *vale más tarde que nunca!*

No, y mira tú: desde hace mucho tiempo
pensaba yo en venir a saludarte,
y hasta recuerdo que salí una noche
sin más objeto que ese;
pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
me hizo creer que en el cielo te hallaría,
tú, que probablemente estabas mala,
te ocultaste y me diste una antesala
que me pesa en el cuerpo todavía.

Esto no te lo digo
por lanzarte una pulla ni un reproche;
pero este negro bosque me es testigo
de que no más que por hablar contigo
me anduve por aquí toda la noche.
Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
si fue en abril o en mayo... suspirando
por verte frente a frente
y a tu lado pasar la noche entera,
de modo y de manera
de estar solos y lejos de la gente,
vengo, y tú que sin duda me creíste
algún gemidor de esos

que porque estar desesperado y triste
ya quiere que le des un par de besos,
no bien tras de estos álamos me viste,
que escondiéndote en medio de las nubes
cerraste tu balcón y te metiste.

Y la verdad que si esta fue tu idea
ante mi aparición inoportuna,
por mi vida te juro y te respondo,
que te llevaste el chasco más redondo
que te has llevado desde que eres luna;
pues aunque ya a mis años
se usa entre los humanos corazones
contar los sufrimientos a montones,
y a montones también los desengaños,
yo que si algo he sufrido
de mi existencia en la carrera corta,
tengo la convicción íntima y grande
de que a nadie le importa,
porque si sufro no hay quien me lo mande;
si al pisar de la vida los abrojos
a verter una lágrima me atrevo,
la dejo que se escape de mis ojos
y al llegar a mis labios me la bebo.

Conque ya verás tú si yo sería
quien fuera a molestarte a tales horas,
para llamarte solitaria o fría
y cometer así una grosería
de esas que no perdonan las señoras;
aparte de que a ti, si no me engaño,
te debe de importar muy poca cosa
que en la vida enojosa
camine el goce junto con el daño,
así como que al tiempo de las flores
siga el invierno nebuloso y frío,
o que en las tibias noches del estío
disminuyan de fuerza los calores,
cosa que a muchos saca de su casa
por tener de decírtelo el orgullo,
cuando todo eso en realidad no pasa
de ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
por *allí* anda la ilustre Avellaneda,
que en paz duerma en su lecho de coronas,
que sin mirar que tú, rueda que rueda,
maldito el caso que del tiempo hacías,
ella al son de sus mágicos bordones
te delataba a ese ladrón nefando
que tantos goces con pasar nos roba,

sin oír que su esposo despertando
la llamaba en un tono no muy blando
después de registrar toda la alcoba.

Y el sin igual Zorrilla,
el que nos regaló aquel mamarracho
que yo admiraba tanto de muchacho
creyéndolo la octava maravilla,
el que con una calma
cuyo molde es difícil que se encuentre,
hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
y hasta allá fue a acordarse del del alma.²

Y Carpio, el que de turco disfrazado
sufrió tan honda pena
que por poco se arroja al mar salado;
pero que al fin se fue por otro lado
arrastrando el alfanje por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
de discordias civiles,

² Alude a *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla y a la permanencia de éste en México (1855-1866), en la que aduló a los escritores mexicanos y sirvió al emperador Maximiliano. Posteriormente, irritado por el triunfo de la República y el fusilamiento de Maximiliano, escribió una violenta diatriba contra México, titulada *El drama del alma. N. del Edit.*

en que Rocha aún no andaba por el mundo
 y en que aún eran de chispa los fusiles,
 pues éstos y otros más, si no tan buenos
 sí tan desocupados,
 han emprendido de entusiasmo llenos
 la imitación de sus antepasados,
 por el placer de repetirte alguna
 de esas necias e insulsas tonterías,
 o porque hechos los tomos de poesías
 no faltara en el índice –“A la luna”.

Y si a lo menos fueran pasaderas
 las tantas que en tu elogio se han escrito
 y cuyas firmas por prudencia callo,
 pues, señor, con trescientos de a caballo,
 muy puesto en su lugar y muy bonito;
 pero, nada... que entre esas que no cito
 porque no se me diga impertinente,
 hay muchas (no agraviando la presente)
 que son un verdadero gregorito.
 Lo digo y lo repito,
 sí, señor, que ésta no es una indirecta,
 pues aunque salte alguno
 que deseando escapar a este reproche,
 reclame la palabra y manifieste
 cargado de razones y veneno,
 que no se puede hacer nada de bueno

sobre un terreno tan vulgar como éste,
no habiendo obligación chica ni grande
de escribir sobre tal o cual materia,
se comprende y se ve muy a la claras,
aunque hable de ésta con tan poco aprecio,
que el culpable no es ella sino el necio
que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga a ninguna
de las vivientes almas a que escriba,
ni menos a que suba tan arriba
que tenga que escribir sobre la luna...?

Yo mismo, si mañana
a algún crítico ocioso y exigente
se le diera la gana
de zurrar a esta silva la pavana,
y de hacerlo delante de la gente,
pues yo mismo, aunque fuera a mi despecho,
[no pudiendo olvidarme de que es mía]
mirando la justicia no tendría
más que decir a todo: *muy bien hecho*.

Y tan es cierto que lo encuentro justo,
y que me temo mucho una descarga
por haberme salido con mi gusto,

que con objeto de que el sabio adusto
no halle esta silva demasiado larga,
una vez que tú, luna,
no me has de consolar si tal sucede,
lo cual [aquí en confianza] muy bien puede
por un capricho cruel de la fortuna,
bien convencido de que en todo caso
francos y leales seguiremos siendo
tan amigos como antes,
te dejo preparándole a la aurora
el dulce néctar de los nuevos broches,
y sin más que decirte por ahora,
con el alma, tu humilde servidora,
me alegraré que pases buenas noches.

1873

Adiós a México

*Escrita para la señora Cayrón y
leída por ella en su función de
despedida.*

Pues que del destino en pos
débil contra su cadena,
frente al deber que lo ordena
tengo que decirte *adiós*;

antes que mi boca se abra
para dar paso a ese acento,
la voz de mi sentimiento
quiere hablarte *una palabra*.

Que muy bien pudiera ser
que cuando de aquí me aleje,
al decirte *adiós*, te deje
para no volverte a ver.

Y así entre el mal con que lucho
y que en el dolor me abisma,
yo anhelo que por mí misma
sepas que *te quiero mucho*.

Que enamorada de ti
desde antes de conocerte,
yo vine sólo por verte,
y al verte *te puse aquí*.

Que mi alma reconocida
te adora con loco empeño,
porque tu amor era el sueño
más hermoso de mi vida.

Que del libro de mi historia
te dejo la hoja más bella,
porque en esa hoja destella
tu gloria más que mi gloria.

Que soñaba en no dejarte
sino hasta el postrer momento,
partiendo mi pensamiento
entre tu amor y el del *arte*.

Y que hoy ante esa ilusión
que se borra y se deshace,
siento, ¡ay de mí!, que se hace
pedazos mi corazón...

Tal vez ya nunca en mi anhelo
podré endulzar mi tristeza
con ver sobre mi cabeza
el esplendor de tu cielo.

Tal vez ya nunca a mi oído
resonará en la mañana,
la voz del ave temprana
que canta desde su nido.

Y tal vez en los amores
con que te adoro y te admiro,
estas flores que hoy aspiro
serán *tus últimas flores*.

Pero si afectos tan tiernos
quiere el destino que deje,
y que me aparte y me aleje
para no volver a vernos;

bajo la luz de este día
de encanto inefable y puro
al darte mi *adiós* te juro,
¡oh dulce México mía!,

que si *él* con sus fuerzas trunca
todos los humanos lazos,
te arrancará de mis brazos,
pero de mi pecho, *¡nunca!*

1873

Romancero de la Guerra de Independencia

El Giro

I

Medio oculta entre la selva
como un nido entre las ramas,
y medio hundido en el fondo
tranquilo de una cañada,
allá por aquellos tiempos
hubo en Landín³ una casa
que no por ser tan sencilla
ni de una fecha tan larga,
era menos pintoresca,
ni tampoco menos blanca.
Sombreaba su puerta un olmo
de hojosas y verdes ramas,
punto de citas de todas
las aves de las montañas;
y en uno de sus costados,

³ Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

brotando límpida y clara,
saltaba entre los terrones
y entre las hierbas el agua,
de noche siempre tranquila
y eternamente callada.
Apenas el sol naciente
filtraba por sus ventanas,
cuanto estremeciendo el aire,
sonaban dulces y claras,
la voz de una cuna hablando
de cuanto los niños hablan;
la voz de una madre, rica
de sentimientos y de alma,
y la voz de un hombre que era
la eterna voz de la patria,
soñando ya con sus glorias
y ya con sus esperanzas.
Tez cobriza como aquellos
primeros hijos de Anáhuac,
que tantas veces hicieron
temblar de miedo a la España
cuando la España atrevida
midió con ellos sus armas;
fuerte y ágil como todos
los hijos de las montañas;
como un labriego, robusto;

como un patriota, entusiasta;
como un valiente, atrevido,
y como un joven, todo alma,
el hombre de aquellas selvas,
el hombre de aquella casa,
era el eterno modelo
de esas figuras sagradas
que en el altar de los siglos
hacen un Dios de una estatua.
Veinticinco años apenas
por ese tiempo contaba,
y de sus nobles heridas
la suma aún era más larga,
que no hubo por el Bajío
ningún combate ni hazaña
donde su ardor no estuviera
donde faltara su lanza,
ni donde al grito de muerte
sus huellas no señalara
con el licor de sus venas
o el de las venas extrañas.
Y allí tranquilo y oculto
su triste vida pasaba,
lamentando en su impotencia
la esclavitud de la patria
que renunciando a la lucha,
renunciaba a la esperanza:

cuando una mañana, a la hora
que el último sueño marca,
despertó, oyendo a lo lejos
un ruido confuso de armas;
y adivinando al instante
la suerte que le amagaba,
bajó del lecho al influjo
de una decisión extraña;
besa en los labios a su hijo,
besa en la frente a su amada,
clava los ojos ardientes
en la entreabierta ventana,
y al ver por sus enemigos
ya casi envuelta su casa,
salta a las rocas, y entre ellos
se escapa por la montaña.

II

Aún no se alzaba del todo
la niebla de la mañana,
y aún no acertaban a darse
cuenta de tamaña audacia
los sitiadores furiosos
que sorprenderle esperaban,
cuando al galope y bajando
camino de la cañada,

vieron venir a lo lejos
un grupo de gente armada,
compuesto de ocho jinetes
y el hombre que los mandaba;
en mayor número que ellos
y con superiores armas,
seguros de la victoria
fácil que se les aguarda,
todos empuñan las riendas,
todos afirman la lanza,
todos ven al enemigo
todos miden la distancia,
y en silencio y todos ellos
prontos a ponerse en marcha,
sólo esperan a que llegue
la hora de entrar en batalla.
Los insurgentes en tanto
viendo las huestes contrarias,
más de coraje la encienden
y más de amor la entusiasman,
y ansiosos de dar su sangre
por la salud de la patria,
sobre el caballo se inclinan,
la floja rienda adelantan,
y fijos los barboquejos
y el sombrero hacia la espalda,
entre la niebla y el polvo

corren, y vuelan y avanzan,
siguiendo entre los peñascos
al hombre de la cañada.
Y ya los de Bustamante⁴
su primer paso avanzaban,
anhelando en su impaciencia
cómo acortar la distancia
que la interpuesta colina
con un recodo aumentaba;
cuando de pie en lo más alto
de las rocas escarpadas,
vieron alzarse a un jinete
que con voz sonora y clara,
—“Yo soy el Giro —les dijo—,
si al Giro es a quien aguardan;
y el que lo busque que venga
si tiene honor y tiene alma,
que a todos espera el Giro
frente a frente y cara a cara”.
—Dijo—: y los fieros dragones
al grito de “¡viva España!”
como un solo hombre treparon
hasta donde el Giro estaba
dispuesto como los suyos

⁴ El general don Anastasio Bustamante, presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

a sucumbir por la patria...
Y fue la lucha, y terribles
al dar la espantosa carga,
insurgentes y realistas
ardiendo en cólera y rabia,
se entremezclaron sedientos
de victoria y de matanza...
Quiso la triste fortuna
favorecer a la España,
el brillo de sus fulgores
negándole a nuestras armas,
que ya de los insurgentes
uno tan sólo quedaba
a caballo todavía,
pero ya herido y sin armas.
Era el Giro, que entre doce
dragones que le rodeaban,
sin rendirse al desaliento
ni inclinarse a la desgracia,
luchaba y arremetía
contra el que más se acercaba,
convirtiendo a su caballo,
a un tiempo en escudo y arma.
Por fin un brazo atrevido
clavó en su pecho una lanza,
perder haciéndole el poco

aliento que le quedaba;
pero él aunque ya en el suelo,
con fuerza siempre y con alma,
coge la lanza, del pecho
sin vacilar se la arranca,
y estremecido y al grito
de independencia y de patria,
de pie sobre los peñascos
a sus contrarios aguarda;
y después de herir a todos
los que acercársele ensayan,
hace huir a los restantes
que ante heroicidad tamaña
se alejan, y desde lejos
lo rematan a pedradas.

III

Mártir, que toda tu sangre
supiste dar por la patria;
tú, de los desconocidos
que murieron por salvarla,
¡gracias por tu fortaleza,
por tu sacrificio, gracias!

1873

A la patria

*Composición recitada por una niña
en Tacubaya de los Mártires, el
16 de septiembre de 1873.*

Ante el recuerdo bendito
de aquella noche sagrada
en que la patria aherrojada
rompió al fin su esclavitud;
ante la dulce memoria
de aquella hora y de aquel día,
yo siento que en la alma mía
canta algo como un laúd.

Yo siento que brota en flores
el huerto de mi ternura,
que tiembla entre su espesura
la estrofa de una canción;
y al sonoro y ardiente
murmurar de cada nota,
siendo algo grande que brota
dentro de mi corazón.

¡Bendita noche de gloria
que así mi espíritu agitas,
bendita entre las benditas
noche de la libertad!
Hora de triunfo en que el pueblo
vio al fin en su omnipotencia,
al sol de la independencia
rompiendo la oscuridad.

Yo te amo... y al acercarme
ante este altar de victoria
donde la patria y la historia
contemplan nuestro placer,
yo vengo a unir al tributo
que en darte el pueblo se afana
mi canto de mexicana,
mi corazón de mujer.

1873

Hidalgo

Sonaron las campanas de Dolores,
voz de alarma que el cielo estremecía,
y en medio de la noche surgió el día
de augusta Libertad con los fulgores.

Temblaron de pavor los opresores,
e Hidalgo audaz al porvenir veía,
y la patria, la patria que gemía,
vio sus espinas convertirse en flores.

¡Benditos los recuerdos venerados
de aquellos que cifraron sus desvelos
en morir por sellar la independencia;

aquellos que vencidos, no humillados,
encontraron el paso hasta los cielos
teniendo por camino su conciencia!

1873

15 de Septiembre

Después de aquella página sombría
en que trazó la historia los detalles
de aquel horrible día,
cuando la triste Méxítli veía
sembradas de cadáveres sus calles;
después de aquella página de duelo
por Cuauhtémoc escrita ante la historia,
cuando sintió lo inútil de su anhelo;
después de aquella página, la gloria
borrando nuestro cielo en su memoria
no volvió a aparecer en nuestro cielo.

La santa, la querida
madre de aquellos muertos, vencedores
en su misma caída,
fue hallada entre ellos, trémula y herida
por el mayor dolor de los dolores...
En su semblante pálido aún brillaba
de su llanto tristísimo una gota...
A su lado se alzaba
junto a un laurel una macana rota...

y abandonada y sola como estaba,
vencido ya hasta el último patriota,
al ver sus ojos sin mirada y fijos,
los españoles la creyeron muerta,
y del incendio entre la llama incierta
la echaron en la tumba con sus hijos...

Y pasaron cien años y trescientos
sin que a ningún oído
llegaran los tristísimos acentos
de su apagado y lúgubre gemido;
cuando una noche un hombre que velaba
soñando en no sé qué grande y augusto
como la misma fe que le inspiraba,
oyó un inmenso grito que le hablaba
desde su alma de justo...

—Yo soy —le repetía—,
descendiente de aquellos que en la lucha
sellaron su derrota con la muerte...
¡Yo soy la queja que ninguno escucha,
yo soy el llanto que ninguno advierte!...
Mi fe me ha dicho que tu fuerza es mucha,
que es grande tu virtud y vengo a verte;
que en el eterno y rudo sufrimiento
con que hace siglos sin cesar batallo,

yo sé que tú has de darme lo que no hallo:
mi madre que está aquí porque la siento.

Dijo la voz, y al santo regocijo
que el anciano sintió en su omnipotencia,
–Si el indio llora por su madre –dijo–,
yo encontraré una madre para ese hijo,
–y encontró aquella madre en su conciencia.

A esta hora, y en un día
como éste, en que incensamos su memoria,
fue cuando aquel anciano lo decía,
y desde ese momento, patria mía,
tú sabes bien que el astro de tu gloria
clavado sobre el libro de tu historia,
no se ha puesto en tus cielos todavía.

A esta hora fue cuando rodó en pedazos
la piedra que sellaba aquel sepulcro
donde estuviste, como Cristo, muerta
para resucitar al tercer día;
a esa hora fue cuando se abrió la puerta
de tu hogar, que en su seno te veía
con un supremo miedo en su alegría
de que tu aparición no fuera cierta;
y desde ese momento, y desde esa hora,

tranquila y sin temores en tu pecho,
tu sueño se cobija bajo un techo
donde el placer es lo único que llora...
Tus hijos ya no gimen
como antes al recuerdo de tu ausencia,
ni cadenas hay ya que los lastimen...
En sus feraces campos ya no corre
la sangre de la lucha y la matanza,
y de la paz entre los goces suaves
bajo un cielo sin sombras ni vapores,
ni se avergüenzan de nacer tus flores,
ni se avergüenzan de cantar tus aves.

Grande eres y a tu paso
tienes abierto un porvenir de gloria
con la dulce promesa de la historia
de que para tu sol nunca habrá ocaso...
Por él camina y sigue
de tu lección de ayer con la experiencia;
trabaja y lucha hasta acabar esa obra
que empezaste al volver a la existencia,
que aún hay algo en tus cárceles que sobra
y aún hay algo que el vuelo no recobra,
y aún hay algo de España en tu conciencia.

Yo te vengo a decir que es necesario
matar ya ese recuerdo de los reyes
que escondido tras de un confesionario,
quiere darte otras leyes que tus leyes...
Que Dios no vive ahí donde tus hijos
reniegan de tu amor y de tus besos,
que no es el que perdona en el cadalso,
que no es el del altar y el de los rezos;
que Dios es el que vive en tus cabañas,
que Dios es el que vive en tus talleres
y el que se alza presente y encarnado
allí donde sin odio a los deberes
se come por la noche un pan honrado.

Yo te vengo a decir que no es preciso
que muera a hierro el que con hierro mate,
que no es con sangre como el siglo quiere
que el pueblo aprenda las lecciones tuyas;
que el siglo quiere que en lugar de templos
le des escuelas y le des ejemplos,
le des un techo y bajo del lo instruyas.

Así es como en tu frente
podrás al fin ceñirte la corona
que el porvenir te tiene destinada;

él, que conoce tu alma, que adivina
en ti a la santa madre del progreso,
y que hoy ante el recuerdo de aquella hora
en que uno de sus besos fue la aurora
que surgió de tu noche entre lo espeso,
mientras el pueblo se entusiasma y llora
te viene a acariciar con otro beso.

1873

Al moño de Merced

Me cuentan que ibas corriendo
como una sílfide alada,
cuando de tus blondas trenzas
te lo robaron las auras;
no sé yo de tal historia
si es cierta o es inventada;
pero lo que sé es que ardiendo
de amor y de dicha el alma,
traigo tu moño en la bolsa
desde ayer por la mañana;
que le he hecho mil caricias
y pienso hacerle otras tantas,
que por ser color de rosa
y por ser tuyo me encanta,
y que por toda la vida
lo guardaré donde se halla,
reunido con un billete
que compré, de La Esperanza,
con cosa de diez poesías,
de dos vales y una carta
que me escribió hace dos meses

la que me dio calabazas.
Aquí lo tengo, y a menos
que deje esta vida amarga,
no abandonaré tu moño,
dulce cariño del alma,
ni por lo uno ni por lo otro,
ni por esto ni por nada,
que de esa prenda querida
pienso, Merced adorada,
hacer el hermoso emblema
de todas mis esperanzas.

1873

Nocturno

A Rosario

I

¡Pues bien!, yo necesito decirte que te adoro,
decirte que te quiero con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro, que es mucho lo que
[lloro,
que ya no puedo tanto, y al grito en que te imploro
te imploro y te hablo en nombre de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tu sepas que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas las esperanzas mías,
que están mis noches negras, tan negras y sombrías,
que ya no sé ni dónde se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo mis sienes en la almohada
y hacia otro mundo quiero mi espíritu volver,
camino mucho, mucho, y al fin de la jornada
las formas de mi madre se pierden en la nada
y tú de nuevo vuelves en mi alma a aparecer.

IV

Comprendo que tus besos jamás han de ser míos,
comprendo que en tus ojos no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos y ardientes desvaríos
bendigo tus desdenes, adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos y hundirte en mi pasión;
mas si es en vano todo y el alma no te olvida,
¿qué quieres tú que yo haga, pedazo de mi vida,
qué quieres tú que yo haga con este corazón?

VI

Y luego que ya estaba concluido tu santuario,
tu lámpara encendida, tu velo en el altar;
el sol de la mañana detrás del campanario,
chispeando las antorchas, humeando el incensario,
¡y abierta allá a lo lejos la puerta del hogar...!

VII

¡Qué hermoso hubiera sido vivir bajo aquel techo,
los dos unidos siempre y amándonos los dos;
tú siempre enamorada, yo siempre satisfecho,
los dos una sola alma, los dos un solo pecho,
y en medio de nosotros, mi madre como un dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje por una tierra así!
Y yo soñaba en eso, mi santa prometida,
y al delirar en eso con la alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno, por ti, no más por ti.

IX

¡Bien sabe Dios que ese era mi más hermoso sueño,
mi afán y mi esperanza, mi dicha y mi placer;
bien sabe Dios que en nada cifraba yo mi empeño,
sino en amarte mucho bajo el hogar risueño
que me envolvió en sus besos cuando me vio nacer!

X

Esa era mi esperanza... mas ya que a sus fulgores
se opone el hondo abismo que existe entre los dos,
¡adiós por la vez última, amor de mis amores;
la luz de mis tinieblas, la esencia de mis flores;
mi lira de poeta, mi juventud, adiós!

1873

A un arroyo

A mi hermano Juan de Dios Peza

Cuando todo era flores tu camino,
cuando todo era pájaros tu ambiente,
cediendo de tu curso a la pendiente
todo era en ti fugaz y repentino.

Vino el invierno, con sus nieblas vino
el hielo que hoy estanca tu corriente,
y en situación tan triste y diferente
ni aun un pálido sol te da el destino.

Y así es la vida; en incesante vuelo
mientras que todo es ilusión, avanza
en sólo una hora cuanto mide un cielo;

y cuando el duelo asoma en lontananza
entonces como tú, cambiada en hielo,
no puede reflejar ni la esperanza.

1873

Hojas secas

I

Mañana que ya no puedan
encontrarse nuestros ojos,
y que vivamos ausentes,
muy lejos uno del otro,
que te hable de mí este libro
como de ti me habla todo.

II

Cada hoja es un recuerdo
tan triste como tierno
de que hubo sobre ese árbol
un cielo y un amor;
reunidas forman todas
el canto del invierno,
la estrofa de las nieves
y el himno del dolor.

III

Mañana a la misma hora
en que el sol te besó por vez primera,
sobre tu frente pura y hechicera
caerá otra vez el beso de la aurora;
pero ese beso que en aquel oriente
cayó sobre tu frente solo y frío,
mañana bajará dulce y ardiente,
porque el beso del sol sobre tu frente
bajará acompañado con el mío.

IV

En Dios le exiges a mi fe que crea,
y que le alce un altar dentro de mí.
¡Ah! ¡Si basta no más con que te vea
para que yo ame a Dios, creyendo en ti!

V

Si hay algún césped blando
cubierto de rocío
en donde siempre se alce
dormida alguna flor,

y en donde siempre puedas
hallar, dulce bien mío,
violetas y jazmines
muriéndose de amor;

yo quiero ser el césped
florido y matizado
donde se asienten, niña,
las huellas de tus pies;
yo quiero ser la brisa
tranquila de ese prado
para besar tus labios
y agonizar después.

Si hay algún pecho amante
que de ternura lleno
se agite y se estremezca
no más para el amor,
yo quiero ser, mi vida,
yo quiero ser el seno
donde tu frente inclines
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo
tu pecho junto al mío,

yo quiero oír qué dicen
los dos en su latir,
y luego darte un beso
de ardiente desvarío,
y luego... arrodillarme
mirándote dormir.

VI

Las doce... ¡adiós...! Es fuerza que me vaya
y que te diga adiós...

Tu lámpara está ya por extinguirse,
y es necesario.

—Aún no.

—Las sombras son traidoras, y no quiero
que al asomar el sol,
se detengan sus rayos a la entrada
de nuestro corazón. . .

—Y, ¿qué importan las sombras cuando entre ellas
queda velando Dios?

—¿Dios? ¿Y qué puede Dios entre las sombras
al lado del amor?

—Cuando te duermas ¿me enviarás un beso?

—¡Y mi alma!

—¡Adiós...!

—¡Adiós...!

VII

Lo que siente el árbol seco
por el pájaro que cruza
cuando plegando las alas
baja hasta sus ramas mustias,
y con sus cantos alegra
las horas de su amargura;
lo que siente por el día
la desolación nocturna
que en medio de sus pesares
y en medio de sus angustias,
ve asomar con la mañana
de sus esperanzas una;
lo que sienten los sepulcros
por la mano buena y pura
que solamente obligada
por la piedad que la impulsa,
riega de flores y de hojas
la blanca lápida muda,
eso es al amarte mi alma
lo que siente por la tuya,
que has bajado hasta mi invierno,
que has surgido entre mi angustia
y que has regado de flores
la soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,
mis tinieblas son la duda,
mi esperanza es el cadáver,
y el mundo mi sepultura...
Y como de entre esas hojas
jamás retoña ninguna;
como la duda es el cielo
de una noche siempre oscura,
y como la fe es un muerto
que no resucita nunca,
yo no puedo darte un nido
donde recojas tus plumas,
ni puedo darte un espacio
donde enciendas tu luz pura,
ni hacer que mi alma de muerto
palpite unida a la tuya;
pero si gozar contigo
no ha de ser posible nunca,
cuando estés triste, y en la alma
sientas alguna amargura,
yo te ayudaré a que llores,
yo te ayudaré a que sufras,
y te prestaré mis lágrimas
cuando se acaben las tuyas.

VIII

I

Aún más que con los labios
hablamos con los ojos;
con los labios hablamos de la tierra,
con los ojos del cielo y de nosotros.

II

Cuando volví a mi casa
de tanta dicha loco,
fue cuando comprendí muy lejos de ella
que no hay cosa más triste que estar solo.

III

Radiante de ventura,
frenético de gozo,
cogí una pluma, le escribí a mi madre,
y al escribirle se lo dije todo.

IV

Después, a la fatiga
cediendo poco a poco,
me dormí y al dormirme sentí en sueños
que ella me daba un beso y mi madre otro.

V

¡Oh sueño, el de mi vida
más santo y más hermoso!
¡Qué dulce has de haber sido cuando aún muerto
gozo con tu recuerdo de este modo!

IX

Cuando yo comprendí que te quería
con toda la lealtad del corazón,
fue aquella noche en que al abrirme tu alma
miré hasta su interior.
Rotas estaban tus virgíneas alas
que ocultaba en sus pliegues un crespón
y un ángel enlutado cerca de ellas
lloraba como yo.

Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
delante de aquel cuadro aterrador;
pero yo no miré en aquel instante
más que mi corazón;
y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
y te adoré, tal vez, por tu dolor,
¡que es muy bello poder decir que la alma
ha servido de sol...!

X

Las lágrimas del niño
la madre las enjuga,
las lágrimas del hombre
las seca la mujer...
¡Qué tristes las que brotan
y bajan por la arruga,
del hombre que está solo,
del hijo que está ausente,
del ser abandonado
que llora y que no siente
ni el beso de la cuna,
ni el beso del placer!

XI

¡Cómo quieres que tan pronto
olvide el mal que me has hecho,
si cuando me toco el pecho
la herida me duele más!
Entre el perdón y el olvido
hay una distancia inmensa;
yo perdonaré la ofensa;
pero olvidarla... ¡jamás!

XII

“Te amo –dijiste– y jamás a otro hombre
le entregaré mi amor y mi albedrío”,
y al quererme llamar buscaste un nombre,
y el nombre que dijiste no era el mío.

XIII

¡Ah, gloria! ¡De qué me sirve
tu laurel mágico y santo,
cuando ella no enjuga el llanto
que estoy vertiendo sobre él!
¡De qué me sirve el reflejo
de tu soñada corona,

cuando ella no me perdona
ni en nombre de ese laurel!

La que a la luz de sus ojos
despertó mi pensamiento,
la que al amor de su acento
encendió en mí la pasión;
muerta para el mundo entero
y aun para ella misma muerta,
solamente está despierta
dentro de mi corazón.

XIV

El cielo está muy negro, y como un velo
lo envuelve en su crespón la oscuridad;
con una sombra más sobre ese cielo
el rayo puede desatar su vuelo
y la nube cambiarse en tempestad.

XV

Oye, ven a ver las naves,
están vestidas de luto,
y en vez de las golondrinas
están graznando los búhos. . .

El órgano está callado,
el templo solo y oscuro,
sobre el altar... ¿y la virgen
por qué tiene el rostro oculto?
¿Ves?... en aquellas paredes
están cavando un sepulcro,
y parece como que alguien
solloza allí, junto al muro.
¿Por qué me miras y tiembles?
¿Por qué tienes tanto susto?
¿Tú sabes quién es el muerto?
¿Tú sabes quién fue el verdugo?

1873

Letrilla

Sí, mi amigo don Gregorio,
tiene usted mucha razón,
eso mismo que usted dice,
eso mismo que digo yo...

I

Juzga usted que es una plaga,
que es un castigo de Dios,
esa turba de mocosos
sin quehacer ni ocupación,
que a falta de otra han tomado
la carrera de escritor;
que si hablan del Nigromante
no lo bajan de chambón,
que a Altamirano lo acaban,
que a Peredo le hacen *fo*,
que a Prieto lo ponen de asco,
que a Justo lo dejan peor,
y que llevando hasta Europa
su crítica erudición,

destrozan a Víctor Hugo
 y a Dumas y a Campoamor
 y a cuantos hallan al paso,
 con su hidrofobia feroz;
 y agrega usted que sería
muchísimo mejor
 que hacerles caso o echarles
 un indigesto sermón,
 dejarlos a que los oiga
 la madre que los parió.
Pues sí, señor don Gregorio,
tiene usted mucha razón,
eso mismo que usted dice,
eso mismo digo yo...

II

Juzga usted que es un espanto
 piensa usted que es un horror,
 ver tantas composiciones
 como se publican hoy,
 en que después de salirnos
 el imberbe trovador
 con uno de esos ideales
 que ya se hacen de cajón,
 muy sonrosados los labios,

muy argentina la voz,
muy los cabellos de seda,
(vaya una trasposición)
y muy llena de desdenes,
que los merece el autor,
termina éste con que la ama
con todo su corazón,
cuando mejor que ocuparse
en hablarnos de su amor
y en pintarnos los efectos
de su estúpida pasión
según usted, debería,
aquí para entre los dos,
decirse bruto tres veces
con mucha circunspección,
alzar al cielo los ojos,
rezar el “yo pecador”
y en seguida dispararse
media pistola de Colt.

*Pues sí, señor don Gregorio,
tiene usted mucha razón,
eso mismo que usted dice,
eso mismo digo yo...*

III

Dice usted que ya da miedo
que vale lo menos dos,
ver a tantos que pretenden
demostrar su erudición
llenando de latinajos
su inconocible español,
y que tal verso de Ovidio
lo dan por de Cicerón,
cuando nunca escribió versos
el pobrecito orador,
que a despecho suyo tiene
que pasar por un ladrón
gracias al atrevimiento
de esos benditos de Dios,
y agrega usted, amigo mío,
que en su muy pobre opinión
debieran esos señores
fijarse en que escriben hoy
que son tan raros los sabios
en la lengua de Catón,
y en que cada cita de esas,
sébase la lengua o no,
viene a ser como un peñasco
donde el mísero lector

tiene a fuerza que pararse
y aguantarse un tropezón
que bien puede hacer a alguno
que mande al diablo al autor.
*Pues sí, señor don Gregorio,
tiene usted mucha razón,
eso mismo que usted dice,
eso mismo digo yo...*

IV

Concluye usted en su carta,
mi buen amigo y señor,
diciéndome que no acierta
a encontrar la explicación
de esas ínfulas de sabio
y ese aire de hombre de pro
con que se presenta alguno
por haber sido orador
y haber gritado en septiembre,
¡Viva la Constitución!
Lo que le aplaudieron mucho,
según dice él que lo oyó;
y protesta usted por su alma,
que no halla puesto en razón
que por sólo ese motivo

se le haga miembro de honor
de cuanta academia existe
dentro de la población,
ni que se inscriba su nombre
como colaborador
a la cabeza de todos
los diarios que salen hoy,
haciéndolo revestirse
de este aire de protección
con que trata aun a los mismos
de donde el necio salió,
y a quienes usted querría
degollar de dos en dos
para acabar con la raza
y quedarnos usted y yo,
que somos tan campechanos
y hombres de tan buen humor
y que hacemos unos versos
que le gustan hasta a Dios.
*Pues sí, señor don Gregorio,
tiene usted mucha razón,
eso mismo que usted dice,
eso mismo digo yo...*

1873

Versos

Índice

| | |
|---------------------------------|----|
| Presentación | 5 |
| La brisa | 7 |
| La ausencia y el olvido | 9 |
| Mentiras de la existencia | 11 |
| Un sueño | 15 |
| ¡Ya sé por qué es! | 16 |
| Ya verás | 19 |
| La ramera | 22 |
| El hombre... .. | 27 |
| Los Beodos | 37 |
| La soñadora | 40 |
| Rasgo de buen humor | 45 |
| Lágrimas | 49 |
| A Laura | 58 |
| ¡Salve! | 63 |
| Gracias | 65 |
| Por eso | 68 |
| Misterio | 70 |
| Esperanza | 73 |

| | |
|---|-----|
| Resignación | 76 |
| Dos víctimas | 80 |
| Entonces y hoy | 84 |
| Ante un cadáver | 88 |
| La felicidad | 94 |
| Al rruiseñor mexicano | 96 |
| La vida del campo | 99 |
| Soneto | 110 |
| Adiós | 111 |
| A una flor | 114 |
| A Rosario | 115 |
| Nada sobre nada | 116 |
| A la luna | 124 |
| Adiós a México | 132 |
| Romancero de la Guerra de Independencia | 136 |
| A la patria | 144 |
| Hidalgo | 146 |
| 15 de Septiembre | 147 |
| Al moño de Merced | 153 |
| Nocturno | 155 |
| A un arroyo | 159 |
| Hojas secas | 160 |
| Letrilla | 172 |

Versos

Poemas amorosos, patrióticos, humorísticos,
descriptivos, ideológicos y de circunstancia

Manuel Acuña

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos

“Profr. Arturo Berrueto González”

Enero de 2019

El tiraje fue de 1000 ejemplares



Manuel Acuña Narro
(Saltillo, Coah., 1849-Cd. de México, 1873)

Poeta. Estudió en el Colegio Josefino en su tierra natal y en la Ciudad de México en el Colegio de San Ildefonso. En 1868 ingresó a la Escuela Nacional de Medicina. Desde su llegada a la capital inició contacto con el mundo literario. Participó en la fundación de la Sociedad Literaria Nezahualcóyotl. Colaborador de los periódicos y revistas más importantes de la época. Su obra literaria es breve, de temática diversa, con ingredientes románticos y nacionalistas de cuya inspiración puede honrarse la poesía castellana. Se suicidó en su cuarto de la Escuela de Medicina. A su sepelio, en el cementerio de Campo Florido, concurrió una multitud de personas de las sociedades científicas, literarias y obreras. En 1890 sus restos fueron trasladados al Panteón de Dolores y en 1917 a la ciudad de Saltillo donde se depositaron en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Santiago. Entre los múltiples homenajes que se le han rendido destacan el monumento esculpido por Jesús F. Contreras, localizado en la plaza que lleva su nombre, y otro frente al Teatro de la Ciudad, ambos en Saltillo. Un municipio, calles de varias ciudades de Coahuila, así como algunas sociedades, llevan su nombre.

SC SECRETARÍA DE CULTURA

Clásicos
COAHUILENSES
DE BOLSILLO

